

“EL YO” Y YO (una cuestión personal)

Néstor Tato (1971-2006)

Lo que sigue es la recopilación de notas, textos y textículos que fueron plasmando lo que iba concibiendo sobre mí. Me pareció útil como testimonio del cambio en esa concepción, así que lo publico como salíó.

(a modo de introducción)

Durante décadas adherí a la concepción denostadora de “el yo”. En aquellos fines de los años 60 y principios de los 70, nadie que se estuviera iniciando en el orientalismo podía dejar de hacerlo. Más tarde, tendría fundamento doctrinario (siloiista) para hacerlo.

Esto me duró hasta que tuve una experiencia (descrita en “Yo soy alma”) que me cambió la óptica sobre el punto. Durante ella, registré que yo sobrevivía los cambios que se producían en mí y que, además, no soy objetivable. Quiero decir: *yo no puedo “verme”, no puedo ser objeto de autoobservación de modo directo, como miro el mundo.*

Esto es una suerte de principio en esta materia. *El que mira, no puede verse.*

No siento que pueda haber autoobservación en sentido estricto porque siempre registro un observador que actúa. Siempre tengo una referencia de la experiencia que se está dando en mí, la sensación de una presencia actual que reconozco como “yo”, señalizando que, aquí y ahora, soy.

Como esto no condecía con el uso generalizado que se daba a “el yo” en nuestro lenguaje coloquial y por no entrar en aparente contradicción con materiales que circulaban, dejé mis notas en maceración.

Pero fue creciendo en mí una fuerte sensación “pro-yoica” que se comenzó a plasmar con el texto citado arriba y que se multiplicó. Hoy, más que proyoica es “no-antioyica”, porque siento que no puedo ir contra mí mismo y denostar “el yo” me genera contradicción (gracias a mí he llegado hasta aquí y siento que sigo siéndome útil por un rato largo). Por otro lado, me genera confusión, dado que el “antioyismo” que viví servía para afirmar aquello mismo que negaba. Y tanto o más que el yoismo.

Todo es cuestión de mirada.

Como yo estoy en todo, cualquier cosa que haga para sacudir-me o separar-me de la imagen que me propone el paisaje, me afirma. Cualquier movimiento hacia el mundo afirma al yo en tanto lo activa. Porque soy yo el que se quiere separar de eso otro en que me “desaparezco” o “fundo” a la vez que me da vida, me hace sentir.

Y sentirme a través de ese sentir, aunque no me vea diferenciado de lo que me estimula.

Para abordar el fenómeno me fue de ayuda la gramática y, en especial, su aplicación a una frase de Descartes (Discurso del Método, cap. 4) que me resulta clave en el tema: “ce moi, c’est a dire, l’ame” (este mí, es decir, el alma) que viene un párrafo después del famoso “je pense, donc je suis” (pienso, luego soy).

En francés hay una inflexión (moi) del pronombre de 1ª. persona (je) que sirve para señalar la variación de posición del sujeto en la acción predicada: “je” es el sujeto de la acción como nuestro “yo” y cuando el sujeto es objeto, o sea término de la acción, pasa a ser “moi”.

Ese "moi" es objetivación del "je" (el yo-sujeto pasa a ser yo-objeto) y Descartes lo identifica con el alma, con esa sustancia pensante que soy, en tanto ente objetivable. Pero se diferencia del yo que soy como referencia actual y constante de la experiencia que transcurre aquí y ahora en este mi cuerpo (tema que desarrollo en el texto citado).

Aún así, decir que soy alma, no alcanza a expresar plenamente lo que refiere, si bien a Descartes, como conceptualización que sintetizaba toda la fenoménica de conciencia, le pareció suficiente. Me parece que ahí hay un salto objetivante porque pasa de referirse al yo-sujeto que habla en el "yo pienso" al yo-objeto que designa el "moi" que es alma. Además, es una síntesis abstractiva que reúne bajo su dominio conceptual las manifestaciones que de mí se me hacen evidentes en mi experiencia: todo aquello que acontece "dentro mío" (de los límites del cuerpo para acá) y a lo que puedo referirme al hablar como "mi ..." (mi lápiz, mi zapato) y que, en términos generales, son mis vivencias o pensamientos (con la amplitud con que los concibe Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, II med.: "Pero ¿qué soy? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es decir, una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también, y que siente.")

Los textos han sido ordenados cronológicamente porque me pareció que facilita seguir el hilo progresivo de la experiencia y, con ello, la lectura.

Evité la inclusión de textos sobre la conciencia (salvo unas notas breves muy viejas) porque no quise introducir específicamente el tema aunque esté presente a lo largo de todos los textos, para mantenerme en un nivel de reflexión más cercano al habitual y a un cuestionamiento cotidiano, no especializado.

Y me animo a presentarlos así, como notas, renunciando al tratado que alguna vez soñé, porque esa presentación tendría el sabor a "autoridad", a "verdad" que creo no es útil para este punto. Porque no hay en esto verdad objetiva dado que sólo puede hacerse verdadero lo expuesto en la experiencia, en la evidencia que nos da la certeza de lo que estamos viendo. Y la presentación que puede resultar de esa evidencia quizás no coincida necesariamente con lo que aquí se expone. Cada uno es una historia, una formación, una experiencia y una colección de nombres (en el mejor de los casos readaptados) para referirse a ella. Y nuestras biografías no suelen coincidir en este punto de los nombres de la experiencia (o los nombres de la experiencia que resultan de nuestras biografías suelen no coincidir, que es lo mismo). Por esto, en todo caso, esta es una suerte de biografía conceptual.

En "Notas de fin de siglo" (ver labisagra.com) ya estaban mis primeras reflexiones sobre el yo. El texto "Yo soy alma" intenta ser una indagación acerca del yo a través de un camino conceptual, esto es, valiéndose del concepto y el registro que creo le corresponde, hasta llegar a lo más profundo que pude alcanzar en aquel momento.

Los textos que siguen luego son juegos recursivos de la mirada sobre sí, en el intento de precisar en detalle la posición de "yo" separándose de "el yo", la imagen de mí que sustenta todo fenómeno espontáneo. Con el "ojo" habituado a la penumbra de mi caverna pude ir desbrozando el fenómeno y conociendo sus capas que, como las de la cebolla, son transparentes a la mirada perceptual pero se opacan para el ojo interno.

Reconozco que no se trata de una lectura fácil y entretenida. En todo caso, propongo el intento de seguir el hilo tratando de registrar lo expuesto. No es un texto que se proponga para la reflexión sino *para la mirada*.

Los conceptos expuestos y las relaciones surgen de una experiencia y creo que eso tienen de útil : sólo se pueden entender si se trata de seguir la experiencia. Esto es, si en lugar de entender el pensamiento expuesto se trata de ver, mirando en la propia experiencia, a qué se estará refiriendo.

En esta flexión imprescindible, en todo caso, el lector podrá encontrarse con sus registros y las preguntas que lo movilizarán a buscar una respuesta : la suya propia. Si eso sucede, me daré por satisfecho, porque en esto no hay una respuesta única sino una experiencia universal que, paradójicamente, para cada uno es singular.

Nos debemos todavía el acuerdo sobre los nombres de esa experiencia, las etiquetas que nos ayuden a comunicarla, pero para eso es necesario tener, antes, la experiencia.

De modo que, el que avisa no es traidor: este texto no es para remolones. Si estás buscando una respuesta hecha, aquí no hay. En esta materia no hay "verdad objetiva" sino pura experiencia. Y eso implica hacer, inquietarse, vivir la tensión interna por formular la pregunta. No por la respuesta.

Si hay interés, si hay tensión interna, toda respuesta viene. Se produce. Aún cuando no se haya formulado pregunta alguna.

Esa respuesta se convierte en un nuevo mojón en el camino, en una referencia interna.

Porque por ahí se volverá a pasar.

Buenos Aires, abril 8 de 2005 - mayo 12 de 2007

lo que tengo, no soy yo

Lo que yo **tengo, no soy yo**. Porque si **yo** tengo, no puedo tenerme **a mí**. Entonces, mis conocimientos, mis afectos, mis emociones, no son yo. Y sin embargo, parecen ser yo.

Si alguien me contradice, siento que atacan mi persona y, en realidad, tan sólo mis conocimientos se ven contradichos.

Si alguien no me lleva el apunte, me siento herido en mis afectos. Y sin embargo, no estaba en el ánimo de quien lo hizo, herirme o no llevarme el apunte. **Me siento** -entonces- herido. Pero ¿qué es lo que hace que me sienta herido? Había en mí una expectativa de algo, que es lo que se ve frustrado. Pero, ¿qué es esa expectativa? Es esperar algo, en cierto modo esperar que el instante próximo sea de un modo determinado, que algo ocurra y al no darse lo esperado, me frustró, mejor dicho, me encuentro **desilusionado**, mi **ilusión** se ha roto.

Mi ilusión es lo que yo esperaba que sucediera y no sucedió. La realidad se mostró de otra manera, cruel -para mí- porque no fue como esperaba que fuera. ¿Porqué sufro, entonces? ¿Está la causa de mi dolor en el acto de “herir” o en la indiferencia? ¿Podía yo exigir que fuera de otro modo el comportamiento de quien me hirió? Si el otro fue auténtico ¿podría exigir que falseara su modo de ser? De esa manera, no habría habido **verdad**. Aceptando que lo verdadero, **lo auténtico** fue la actitud que me hiere, debo aceptar que en la base de la situación hubo verdad, y ya no puedo entonces cuestionarla.

Lo **objetivo**, lo que se mostró de un modo auténtico -y por tal, entiendo lo que de otra manera no podía manifestarse, porque a esa manifestación estaba condicionado el sujeto, por todas las circunstancias que lo rodeaban, esto es, la manifestación fue espontánea, no hubo falseamiento, cambio de la dirección intencional, por parte del sujeto- no puedo cuestionarlo. No puedo entonces buscar la verdadera causa de mi dolor en ello. Si mi desilusión fue provocada por el ser la realidad como podía y debía ser, y no como yo esperaba que fuera, entonces debo buscar la causa en lo no verdadero, que es mi ilusión, la imagen que tenía de lo que debía o quería que fuera y que no fue. El único criterio válido para la búsqueda de las causas de mi dolor es el ver qué es lo verdadero y qué lo que no.

Pero he aquí otro problema: ¿Acaso no es verdad **para mí**, que las cosas son como a mí me parecen que son?

Indudablemente, **para mí es verdad sólo lo que es verdad para mí**. Esto es, que todo aquello que se escape o contradiga mis datos de la realidad, es inexistente o mentira. Y creo que esta es la raíz de la infelicidad del hombre. (¿EUREKA?)

Entonces, el conocimiento que yo tengo de la realidad es relativo. Es siempre susceptible de ser contradicho por otra postura u otro dato **tan válido** como el mío. Vale esto -para mí- sólo para aquel conocimiento derivado de una aportación mía acerca de la realidad. Aportación lo entiendo como hacer “a-portando”, esto es, “llevando-desde”, y en cierto modo, es “poniendo-sobre”. En ese “llevar-desde” o “poner-sobre” hay una **acción**, aún cuando sea interna, hay un obrar, en cuyo caso se concreta en la elaboración de una imagen.

En el plano del conocimiento, es la imagen lo “llevado-desde” mi centro de elaboración de imágenes con datos extraídos de la realidad **pasada** y almacenados en mi mente que surgen con un cierto margen de capricho o casualidad, y “puesta-sobre” el **vacío** que implica el futuro, creando la expectativa de que la realidad sea de manera determinada.

Nosotros somos un cúmulo de imágenes previsoras. Nuestro futuro está siempre determinado de alguna manera, y cada vez más a medida que avanzamos en el tiempo, adentrándonos en el “camino” de la vida, porque vamos recogiendo mayor cantidad de datos que van permitiéndonos “predecir el futuro”, lo que no es más que el contar con un margen cada vez mayor de posibilidades de que determinadas acciones se cumplan en el futuro. Hemos acumulado una tremenda cantidad de datos por los cuales regimos nuestra conducta. Cada vez nos vamos ahogando más en nuestro propio hacer, porque nos movemos en un espacio cada vez más estrecho, no porque lo hayamos reducido materialmente, sino porque lo hemos llenado de datos, de conocimiento, al

punto tal que no somos nosotros sino nuestro conocimiento de nosotros (que no suele ser más que conocimiento de nuestro conocimiento¹) y de la realidad, que no es más que el cúmulo de conocimientos al que hemos reducido nuestro ámbito de acción, porque con ello aumentamos nuestro margen de seguridad.

Si a ello agregamos el hecho de que por lo general aterrizamos en la realidad con una cantidad considerable de conocimiento que nos fue transmitido por nuestros mayores primero, y por los circundantes después, se puede llegar a la no muy feliz conclusión de que la libertad es un cuento chino (pensada como libre determinación absoluta, vulgo pensare). Además, podríamos llegar a entrever -para nuestra desgracia- que jamás hemos sido nosotros, sino nuestra cultura (todo lo que poseemos). Y recién entonces podremos tener la esperanza de ser nosotros mismos. Porque es el comienzo.

Marzo 1971

¹ en el sentido de la conciencia de la imagen que de mí mismo tengo.

fragmento yoico

Y pensé en cuántas personas son las que componen nuestro ser. Que el yo no existe, que es un cuento chino. Que no es más que la fantasía parmenídea que pretende y busca una roca fija, estática, inamovible, para proporcionarse a sí misma un poco de seguridad en el maremagnum dialéctico de la vida.

Salta, setiembre de 1972

notas sobre la conciencia

TESIS SOBRE LA CONCIENCIA

1. La conciencia no es más que energía, lo cual queda de manifiesto en la intencionalidad.
2. Todos los problemas culturales, sean sociológicos o psicológicos, radican en los contenidos inmanentes de la conciencia. En esa esfera se inscriben los valores en tanto determinantes de la conducta humana.
3. El yo es el cúmulo de los contenidos inmanentes.
4. Entiendo por contenido inmanente aquellos contenidos que no se presentan a la conciencia de un modo inmediato y actual. O mejor dicho, que no se presentan “a” la conciencia, esto es, como el objeto de la intencionalidad, sino que aparecen como “en” la conciencia, previamente al acto intencional, condicionándolo. Eso es, que son los contenidos inmanentes los que determinan la dirección de la conciencia hacia un objeto en especial. (6/X/72)
5. Nuestra mentalidad es de tipo acumulativo. En ella van implicadas dos nociones: la de tener y la de cantidad. Acumular es tener más. Ese tener más está en función de la seguridad que nos proporciona, fijándonos al mismo tiempo en una situación dentro de la realidad. Se evidencia en la alimentación: estar “bien” alimentado es tener reservas, tener más de lo que necesito para la tarea que desarrollo como seguro, para que no me falte. Y de ese modo, la acumulación se proyecta como criterio rector en toda nuestra vida, pudiéndose resumir en un solo concepto: tener más “experiencia”. (7/X/72)

RELACIÓN ENTRE LA SUJECCIÓN DE LA CONCIENCIA A DETERMINADOS VALORES Y LA POSIBILIDAD DE TRANSFORMAR LA REALIDAD SOCIAL

La cuestión fundamental del cambio-desalienación-liberación humana es la de la flexibilidad de la conciencia para desatarse, para variar sus objetos dúctilmente, sin obstáculos.

La consecuencia entre la representación y la acción es lo que determina la espontaneidad.

Los valores existen sólo en la medida en que nuestra conciencia se “fija” en ellos, por tanto pueden y deben ser cambiados. (1/XI/72)

Amor es libertad de sentir y hacer en consecuencia, lo que se entiende por entrega y, por tanto, identificación con Dios.

Importancia del lenguaje como instrumento de identificación.

La acción plena es hacer como resultado de la eclosión de una tendencia sensorial que necesita liberar la energía acumulada.

La noción de la conciencia como energía puede resolver las dicotomías Materialismo-Idealismo; subjetivismo-objetivismo; cuerpo-alma; y todas las cuestiones metafísicas como el amor, la libertad, etc. Además restablecería el nexo entre Filosofía y Ciencia al ser la energía un elemento verificable empíricamente y fundante como elemento filosófico.

Se podría resolver el problema de la cuantificabilidad en las ciencias sociales al poder llegar a medirse la energía y comprenderse el fenómeno humano como un fenómeno magnético.

(24/XI/72)

Resolvería las aporías gnoseológicas. En suma, no se trataría más que de la pseudo-oposición de conceptos que en realidad pertenecen a distintas regiones de la realidad (ónticas y ontológicas).

(25/2/73)

Relaciones entre ser y hacer o entre pensar y hacer o entre materia y conciencia: representaciones con una carga emotiva. Propuestas de creación; ruptura de lo conocido-

(6/12/72)

Con la reflexión el hombre estableció la parálisis de la acción. Es el reaseguro contra lo desconocido que se presenta a cada paso de la actividad espontánea.

Reflexión= conciencia de sí.

Conciencia de sí= acciones esbozadas y no cumplidas o resultados de acciones cumplidas, que se acumulan constituyendo el yo. Dentro de este marco la reflexión es la vuelta sobre sí, la referencia a ese yo patrimonial y estático, una suerte de reubicación dentro del marco de lo conocido que se encuadra en ese yo.

Por ser la reflexión una revista de lo ya conocido ¿está imposibilitada desde el comienzo para la creación de algo nuevo?

Entonces, ¿a través de qué tipo de representaciones captamos lo nuevo? ¿cuáles son las representaciones que nos permitirán avizorar los resquicios a través de los cuales se abrirán paso las nuevas corrientes de la realidad?

La reflexión viene a servir de salvavidas frente a la inseguridad del movimiento permanente. Es el freno que se deriva necesariamente del miedo a la muerte, o sea a lo desconocido.

Pero la reflexión es útil en el campo del conocimiento, por lo que es menester liberarla como freno de la acción.

Dentro del encuadre de una concepción energética del Universo y del Hombre, se puede aceptar que hay una seguridad proporcionada por el entrelazamiento de las ondas energético-históricas que servirían a manera de carriles por los que se desplazan las conciencias en su actividad. De modo que jamás habría nada. Siempre hay algo al terminar lo conocido. (13/12/72)

La reflexión debe darse en cada uno según los elementos reales -esto es, según los elementos obtenidos en relación a lo concreto- que cada uno posee, de modo que el avance sea equilibrado respecto de uno, los demás y la Realidad Total. Contra este propósito conspiran las expectativas que se introducen en la cosmovisión del individuo durante el curso de la interacción social. Para crear las defensas necesarias contra ellas sería preciso analizar:

- 1) el proceso de la imaginación;
- 2) la relación entre forma y materia, referida en este caso a la apariencia humana y a la conciencia y sus contenidos.

(14/XII/72)

sobre la identidad y los objetos

Hace dos años escribí que “lo que yo tengo, no soy yo”. Y no alcanzaba a entender porqué era tan importante el tener algo, para sentirme yo. Porque las cosas que yo tenía -materiales e inmateriales- tendía a considerarlas como si me constituyeran, como si formaran parte de mí yo.

Es que a un objeto yo lo veo, lo toco, lo huelo. Lo siento. Siento de él y por él. Desde él y hacia él. Recibo datos-sensaciones y le devuelvo algo. Me da algo al hacerme sentir. provoca en mí sensaciones, llamando mi atención. Ese llamar mi atención es simultáneamente dirigir mi atención hacia él. Y como el objeto no es activo, lo correcto es decir que hay sólo un dirigir mi atención.

Habría dos momentos: 1) el de la percepción-intuición, en el cual **pasivamente** recibo el objeto, su presencia suscita sensaciones en mí; 2) el dirigir mi atención hacia él, en el cual salgo de mi pasividad perceptiva, para percibirlo **activamente**. Entre ambos momentos hubo en mí un proceso: la formación de la imagen del objeto y concomitantemente la activación de la función significativa que es la que tiñe la atención que se dirige hacia el objeto guiando de alguna manera, seleccionando previamente los datos que de él se han de percibir.

Hasta aquí la descripción del acto de conocimiento.

En lo que hace al problema de la identidad y su fijación en objetos:

El objeto es sentido por mí, despierta en mí curiosidad, me hace ir hacia él, hago cosas con él o en referencia a él, ya sea en la realidad o imaginariamente. Me hace conducirme en función de él. Despierta mi actividad. Alrededor de él o de su imagen genero una cantidad de energía determinada, desarrollo una serie de conductas. en una palabra, vivo. Me hace sentir vivo. Y como toda la actividad energética que el objeto provoca en mí no es visible, no es objetivable en algo concreto, ésta pasa a ser una cualidad del objeto, queda adscripta a él como propia. Y como esa actividad energética soy yo porque ésa es mi conducta, tiendo a identificarme, a sentirme yo por las sensaciones que provoca en mí el objeto. Y la ligazón es tan estrecha que mi yo se desliza por los “rayos” que mi sensibilidad irradia hacia el objeto, y se “pega” a éste, confundándose con él. Y así siento que el objeto no es algo ajeno a mí, sino parte mía. Porque confundo mi sensación de yo con mi sensación del objeto, porque yo no me siento si no es sintiendo, y mi sentimiento siempre tiene un objeto.

Al percibir el objeto también me percibo percibiendo, y ambas sensaciones quedan asociadas y confundidas. Creo una imagen del objeto, pero al mismo tiempo una imagen mía “dada” por el objeto y como ambas se dan casi simultáneamente, quedan confundidas.

Es frecuente oír la expresión “necesito encontrarme en (o con) mis cosas”, queriendo significar que quiero encontrarme a mí al encontrarlas.

Agosto 4/9 1973

Me reflejo en mis objetos en tanto ellos al posibilitarme sentir me hacen sentirme (sintiendo). De esta manera mi identidad se va constituyendo sobre la base de mis sensaciones y mis sentimientos. Pero estos sentimientos y sensaciones no se independizan, no se desligan de los objetos a los cuales se hallan vinculados. Lo sensible no se autonomiza como una facultad o función independiente de los objetos particulares (no del objeto abstracto) sino que los incorpora en el nivel de lo imaginario representativo, de modo tal que la sensación de Yo no se presenta como una estructura dinámica vacía de contenido, sino que se da ya con un objeto pasado que se actualiza al reactivarse la función sensible en un contexto determinado. (La actualización del objeto se da por la presencia real de uno de los elementos de la estructura de la vivencia en que originariamente fue dado el objeto a la conciencia, el cual reactiva los otros elementos, ligando de esa manera a la vivencia del objeto actual el recuerdo del objeto originario, que vela la luminosidad de la vivencia presente, en tanto ésta no tenga un elemento capaz de diferenciarla de la vivencia originaria de modo radical). Como el objeto, al darme la sensación me da existencia, se fija como condición (aparente pero vivida como real) de mi existencia. De este modo mi Yo se desparrama y extiende por todo un ámbito extraño a él mismo por naturaleza, pero que fue incorporado como necesario en función de la erradicación del sentimiento de inseguridad ontológica.

De modo que tenemos las sensaciones del objeto propiamente dichas, las que sumadas a la sensación del Yo, esto es, el sentir que siento, dan la visión total de la vivencia: percepción e imaginación del objeto más la percepción e imaginación del sujeto percibiendo el objeto. La sensación del Yo se circunscribía a esta segunda, pero como su objeto no es concreto y por tanto no representable imaginariamente, en el nivel representativo queda la imagen del objeto ligada a la sensación del sujeto, como imagen del sujeto. Siendo distintos e independientes en la práctica, objeto y sujeto se confunden en el nivel real concreto de lo vivencial, en tanto otros objetos pueden sustituir eficazmente al objeto sin alterar la identidad del sujeto. Y hablo de la identidad real dinámica, no de la estática imaginaria que el sujeto se forma de sí.

Setiembre 4 de 1973

motto perpetuo

Sin pasado y sin futuro. ¿Puede sobrevivir el yo en la atemporalidad?

Me pienso desde el no-tiempo. Desde el movimiento constante. La primera línea sucedió en un momento único que ya nunca más volverá a repetirse. Y este presente en que me detengo -me detiene- a pensar, ya es pasado. Y yo sigo. Respiro, muevo mi mano, escucho a Cat Stevens. Mastico un bombón. todas ficciones de mi mente, todas pasado. Pero yo me muevo. Y no ceso de estar en actividad. Y dentro de un rato, cuando duermo, mis células y mi metabolismo tampoco descansarán.

Siempre en movimiento. Si lo cierto es que constantemente estoy en movimiento, si nunca ceso de ... ¿ir? en tal caso ¿hacia dónde?

Esto que me pasa a mí debe pasarle a todos. La máscara del “sentido” de nuestras acciones no es muy sólida. Jamás terminamos las cosas pensando lo mismo que al principio. “Todo cambia”, “nuestra experiencia es dinámica”. Todo cambia... ¿afuera? ¿o en mi cabeza? A nuevos datos, nuevas interrelaciones estructurales de la imagen que tengo de la realidad.

Hagamos lo que hagamos, lo que queda es que todos estamos en constante movimiento.

A lo largo de toda la Evolución ¿qué hicimos? multiplicarnos y amontonarnos. Nunca hay un hombre solo, siempre juntos.

Como todos los seres que nos precedieron: microorganismos, vegetales, animales. Multiplicarnos, amontonarnos, cubrir el planeta. Mejor dicho, más que los otros seres que nos precedieron porque hay hombres allí donde no pueden vivir plantas ni animales. podemos crecer y multiplicarnos en los lugares más adversos. Como formando una inmensa red que cubre el planeta. Me hace pensar en una unidad, en la idea de noósfera de Teilhard.

Pero todavía estamos separados los unos de los otros. La trama se va completando muy lentamente. Todavía nos gobierna el tiempo, la mente. Todavía creemos en el Yo.

sobre lo inabarcable

No somos una totalidad acabada en sí. Esto es, ni empezamos ni terminamos en nosotros mismos (cada uno en sí mismo). Formamos parte de algo mayor que nos abarca, que nos incluye en su devenir y su perfeccionarse, que es la Humanidad. A veces nuestra desesperación deriva de que nos está destinado quizás, el desarrollo de un pequeño tramo de un elemento de esa totalización, sin poder objetivarla jamás en toda su extensión.

1975

yo soy alma

Cómo surgió la experiencia

Uno es uno. Eso me lo dijeron de mil maneras desde chiquito. Uno tiene una identidad y es uno solo, no varios.

Sin embargo, ¿cuántas veces, a través de la vida, me encontré en situaciones en las que no me reconocía?, en que sentía que no sabía quién era. Y cuántas, sentí ser distinto a quien soy habitualmente. Y cuántas otras, sentí que soy más de uno en este único cuerpo.

Todas esas sensaciones inquietantes, recalco, **sensaciones**, intenta aquietarlas el runrún de mi raciocinio que repite “yo soy Néstor”, poco más o menos junto con mi fecha de nacimiento, la identidad de mis padres, mi número de documento de identidad.

Cuando siento que “me pierdo” y no sé cómo llegué a una situación, ni qué decidir, porque no reconozco las sensaciones que tengo (si es que puedo discriminar alguna) rebobino las imágenes de lo que pasó y busco **en las sensaciones** el “código” que fue cambiando. En algún momento recupero “aquella” sensación que reconozco propia, de mí mismo, relacionada con la sensación de mi “esencia”, y me integro, siento que me recompongo.

A lo largo de más de veinte años se ha ido ampliando y enriqueciendo mi experiencia y, sobre todo, se me reforzó el criterio práctico: **sólo lo que experimento es útil**, lo que no puedo verificar en mi propia experiencia es mejor dejarlo de lado. Eso no significa invalidar ideas o conceptos sino, simplemente, dejarlos a un costado hasta que nuevos elementos me permitan armar las hipótesis que me faciliten, cuando menos, vincularlos intelectualmente a mi experiencia.

Acuciado por la fuerza compulsiva que tiene lo mecánico en mi comportamiento, me dediqué a la observación más o menos cotidiana del funcionamiento de la conciencia, para tentar un sendero que se fue haciendo más claro con el paso de los años.

La noción del campo energético que tenía a mis veinte años se pulió un poco más con el concepto del doble y, en los últimos años, comenzaron a aparecer preguntas sobre ciertos fenómenos que observaba dentro mío: la curiosa capacidad que tiene el aire que respiro para llegar, como sensación, hasta mi entrepierna, siendo que mis pulmones terminan no menos de veinte centímetros más arriba; la sensación de una masa cálida y hormigueante que ocupa mi cuerpo al despertar; la sensación de ausencia de esa masa durante casi todo el día y la sensación de presencia que concommitaba con ciertos instantes de plenitud atencional; la simultaneidad (¿por simpatía?) de ciertas sensaciones de relajación que se me daban en la otra pierna cuando las sentía en una, o en el otro lado del cuerpo cuando los sentía en uno; y así siguiendo.

Esto del doble o campo energético iba “tomando cuerpo” de sensación y, más bien, parecía tomar mi cuerpo.

Desde hace unos años estaba interesado en qué cosa habían escrito los filósofos clásicos sobre la conciencia y en 1994 tuve ocasión de participar de un seminario en la Facultad de Filosofía, que abarcaba justamente los textos centrales que sobre el tema escribieron Descartes, Kant, Hegel, Husserl, Sartre y algunos estadounidenses como Ryle y Davidson.

Un año más tarde hice la monografía pensando en un trabajo que serviría para explicarme y explicar el porqué de las contradicciones en las líneas filosóficas históricas. Al tratar de desbrozar lo que para mí es la confusión kantiana, caí en cuenta de que Kant se estaba cegando a sí mismo, es como si no quisiera reconocer el sentido interno y, particularmente, lo que éste mostraba, el alma, aún cuando la admite como supuesto a lo largo de su obra.

El esfuerzo por comprender su “Crítica de la Razón Pura” me hizo cotejar entre sí los conceptos centrales de su Estética Trascendental en sus distintas formulaciones a lo largo del texto y llegué a un punto en que no era que el sentido interno de Kant le mostraba el alma sino que **yo “veía” mi alma**. Y ésta “me tomó” de a ratos por unos días, y cabalgó sobre mí en el tramo final de la monografía, con una experiencia durante la cual el tiempo se distorsionó, estirándose de manera increíble. Esto sucedió la mañana del último día del plazo para la entrega. Sólo tenía las notas y como a las 9,30 me senté a escribir. Tres horas más tarde, ya concluyendo las veinte páginas que

resultaron, sentí que había estado escribiendo desde el día anterior, tal fue la vivencia de “instalación” en el tiempo y de su “estiramiento”.

La revelación fue choqueante como toda revelación, y el tiempo de digestión fue largo. Por entonces volví a escribir en un intento de desplegar mi experiencia ante tu mirada y ponerla en tus manos latiendo, que puedas sentirla, si ello es posible.

¿Cómo uniformar la múltiple y variada experiencia interna? ¿Cómo presentarla en su espontaneidad? para que puedas reconocerla...

De inicio escribí todo al modo de un texto teórico, conceptual, modulando las expresiones para tornarlas vivenciales. Pero no conseguí calidez y será otro texto, “Para pensar el alma”.

Así que tengo que meter las manos en la masa otra vez y me encuentro con la dificultad de poner en palabras lo inasible. Este problema que no he resuelto es el del lenguaje. Habitualmente se escribe y se habla sobre el tema en tercera persona, en abstracto y como si se hablara sobre cosas, sobre objetos materiales siempre iguales a sí mismos y no de fenómenos tan cambiantes como los colores del crepúsculo.

De modo que, como esta experiencia fue hecha a medias entre el raciocinio que iba cotejando y la experiencia viva de observación, queda una mezcla quizás impura en estilo pero que, creo, testimonia el uso permanente del intelecto como guía, imprescindible para poder asomarme a fenómenos que en la experiencia me resultan esquivos.

Así, saco para mí una primera conclusión frente a los que descartan la aplicación de la función racional en la experiencia interna, y es que **la razón es útil para desmontar los mecanismos de la ilusión** porque la Lógica exige coherencia pero más la exige la experiencia. Por tanto, si bien no podemos inventar la experiencia con la razón -se puede con la imaginación, pero es falsearla-, podemos fijar el punto de vista, orientar la mirada en ese tanteo a ciegas hasta encontrar algo claro que se vaya haciendo intuible. Porque **la experiencia de lo interno**, como lo testimonian los mitos, **es engañosa** y hace trampa en defensa de su tesoro, de modo que ante cada obstáculo el buscador tiene que esforzar la mirada para adecuarla al nuevo paisaje y con ello se va depurando, generando la condición adecuada para el descubrimiento.

La cuestión del yo

Lo primero que me quedó claro de esa experiencia de revelación **fue que** yo no “tengo” alma: **soy alma. Y la conciencia no le es en absoluto ajena**, es el hilo conductor, el reaseguro, la señal de su presencia, puesto de vigía para otear el horizonte y también de mando, rastreadora de información en las cuevas de la memoria, laboriosa constructora de futuro.

Esa experiencia se resumió en el título: yo soy alma, y los temas se ordenaron como las palabras, porque el primer problema que se me presentó, el umbral teórico de entrada a mi experiencia interna, fue la pregunta por “el yo”.

Y empecé a comprender de qué manera incide en el pensar el modo en que uno formula las preguntas, porque la misma pregunta puede estar determinando la respuesta en un sentido o cerrando posibilidades a la indagación, al dar por supuestas ciertas premisas.

La pregunta por “el yo”

Hay una pregunta que se formula con frecuencia cuando se trata este tema ¿qué es el yo? De ese modo ya tengo supuesto que ese “yo” puede ser, tiene entidad suficiente como para soportar una pregunta, es algo. Gramaticalmente, al preguntar de ese modo, por algo que puedo llamar “el yo”, al anteponerle un artículo, lo trato como sustantivo.

Y no es así. Yo es yo, pronombre personal correspondiente a la primera persona del singular, una mera función gramatical. Si “yo” es un pronombre personal no puedo convertirlo en sustan-

tivo (“el” yo), en un concepto que podría soportar una descripción en tercera persona. Si pretendo eso, estoy confundiendo **la función gramatical de “yo” que es señalar al que habla**. Si calamos más hondo, como función discursiva, **“yo” es una señal que indica “esta-experiencia-que-es-aquí”**, pero **en tanto señal** es neutra y universal, **está vacía de contenido**. Si es una función gramatical, desde ya que no puedo pretender conocerla del mismo modo que una cosa, en todo caso **podré conocerla en tanto función gramatical y nada más**.

“Yo” señala mi experiencia actual

En la vivencia, yo me percibo más bien como un trasfondo que se manifiesta al enfrentar el mundo, como ubicado detrás de este que mira, yo. Y **cuando quiero enfrentar ese trasfondo que llamo “yo” sigue habiendo un “yo” que lo mira**, siento que dirijo la mirada desde algún lugar. Entonces, al querer aprehenderme, me encuentro dividido en el acto de observar.

Pero yo no digo que observo a yo, sino “a mí”, que **me** observo. **Al observarme** me emplazo frente a mí mismo y **percibo distintas manifestaciones de mi experiencia**.

“Yo” no puedo enfrentarme a “yo” como algo unitario. Puedo percibir algo que reconozco parcialmente como “mi...” (mi recuerdo, mi sensación, mi imagen de...), como una parte de mi experiencia, pero **nunca puedo observarme a “mí mismo” en mi totalidad sino sólo una parte de mí mismo**.

Siempre que miro descubro una multiplicidad que se ofrece a mi mirada en el acto de mirar, ya se dirija aquélla hacia dentro o hacia fuera del cuerpo y, además, sólo puedo aprehender en esa mirada una parcialidad del paisaje, un escorzo que depende del punto de vista que depende de mi posición espacial como observador.

Al mirar hacia dentro **es el mismo fenómeno el que se manifiesta parcialmente porque varía con el transcurrir**, me muestra la faceta del instante, pero esa parcialidad de manifestación sigue siento múltiple en su composición.

De modo que **“yo” señala esta experiencia que aquí transcurre en este momento** porque, funcionalmente, “yo” es señal que indica esta mi experiencia, este mi pensar, este mi vivenciar. Y, además, lo indica en este instante, **es señalamiento actual y actualización constante de la señal**, por lo que **“yo” es pura actualidad, una pura función** de actualidad que indica la modulación de esta experiencia en este momento, lo que está en acto y **por ello está fuera de la temporalidad** ya que **es la estructura posibilitante de la temporalidad**, su soporte.

“Yo” es puro punto de vista

Funcionalmente, desde el punto de vista psicológico puedo preguntarme por eso que vivencio como “yo”, como señal de esta mi experiencia y encuentro que **“yo” es referencia permanente** y como tal, **conciencia**.

Cuando digo “yo” estoy siendo conciente mínimamente de mi presencia y “mi” respuesta al mundo. Tengo una sensación, además, de esa respuesta y de mi estado interno, que varía según la situación. Incluso tengo una sensación de mí mismo que se puede ver como la sensación “del yo” y varía como las sensaciones que tengo del mundo, siento distintas cosas de mí, pero siempre me nombro como “yo” cuando indico el objeto de esas sensaciones. De modo que “yo” permanezco invariable en el discurso mientras varío en la sensación. **Soy siempre idéntico en el acto de mencionarme, siempre es el mismo el que me nombra, pero soy siempre distinto en la vivencia que tengo de mí, me vivo distinto**.

De modo que **yo soy y existo pero “el” yo no es ni existe** separado de la experiencia que lo habilita como función. **En todo caso, “yo” funciona frente al mundo, en estructura con él**, porque en tanto señalamiento de ésto-que-es-aquí **“yo” es diferencia**, lo que me diferencia del mundo. Necesito decir “yo” para diferenciarme del mundo.

Así, *“yo” es puro punto de vista* que se expresa a través de esa representación lógica vacía de contenido que es el pronombre personal. *“Yo” es pura transparencia y las concepciones “yoístas” le dieron una opacidad* que correspondía al fenómeno que se percibe a través de “yo”, que éste señala, *confundiendo la experiencia de mí con “yo”*. Pero ¿cómo puede atribuirse a algo transparente como la mirada, la materialidad o la opacidad de lo que es mirado?

Mirada externa y mirada interna

En tanto punto de vista, *me confundo con mi mirada*. A su vez, *por su transparencia estructural mi mirada trasluce el paisaje*. Mirada y paisaje forman una sola estructura en la actualidad de la vivencia, y cuando miro el mundo, percibo el mundo, no mi mirada.

Mi mirada se dirige siempre hacia un éso-que-está-ahí, ya sea percibido o imaginado. *Y éso-que-está-ahí se muestra siempre como exterioridad*, veo el afuera de las cosas, de los objetos, no su interioridad.

Así, *espontáneamente, mi mirada es externa* en tanto capta lo externo de lo mirado. Y sea que se dirija hacia afuera del cuerpo o hacia adentro, hacia el paisaje interno, siempre tiende a algo distinto de mí, el que observa.

De ese modo, sólo tomo en cuenta la exterioridad de las cosas cuando considero el mundo, y formulo mis juicios en base a esa exterioridad. Es más, por extensión, *cuando me considero a mí mismo, me contemplo exteriormente, como visto desde afuera, me reduzco a exterioridad*. Es claro que, como no puedo verme desde afuera, *esa aprehensión es imaginaria*, tomando lo que de mí “percibo” como externo que, en realidad, configuro en imagen que funciona como percepto ante mi mirada y luego, formulo conceptos y juicios en base a ella como si fuera algo percibido externamente.

Al ensayar imaginariamente comportamientos, al probar opciones de cómo querría conducirme en el mundo, me imagino externamente, miro “cómo me quedarían” las conductas, como si fueran ropajes que me pruebo. *Y la elección de las mismas se basa en parámetros externos, por comparación con otros, con la exterioridad de los otros, y por comparación de los aspectos que imagino míos y como si fueran vistos desde afuera*.

En base a esa comparación, *escojo pautas basadas en esa exterioridad que imagino con pautas comunes a todos, a quienes me rodean y a mí mismo, porque la mía la desconozco*, y elaboro mis pautas, confecciono mis roles. Y los pongo en práctica porque creo que ya han sido probados y medidos, *sin considerar que, básicamente, soy interioridad, un continente de sensaciones que no tienen medida externa sino interna, que se dota de medida y dimensión a sí mismo*.

Por tanto, cuando me pongo esos ropajes externos, invariablemente, *si siento*, no los sentiré cómodos. Porque no consideré mi subjetividad, mi interioridad, mis sensaciones, mis sentimientos, mis emociones, en suma, mi experiencia interna.

En la mirada externa *se produce una traspolación del punto de vista, que se desplaza desde lo interno que mira hacia un afuera imaginario desde el que se mira*, producida imaginariamente por la configuración de una perspectiva al modo de la percepción externa.

Ese desplazamiento es posible por la identificación del que mira con lo mirado, mi experiencia, ya que yo soy este ámbito de experiencia porque, *en tanto “yo”, no soy lo que se manifiesta en la experiencia sino ámbito*, y como ámbito posibilito la variación de las formas en que se manifiesta esta experiencia que soy en tanto soy, como interioridad.

La consideración de lo que acontece en esa interioridad hace mi mirada interna, no volcada hacia dentro, sino *abarcadora de lo que me pasa internamente al considerarla integrada con lo que ofrece éso-que-está-ahí percibido o imaginado*, porque la mirada no deja de tenderse hacia más-allá-de-mí-mismo.

La mirada externa no es mirada humana, actual, sino una mirada parcial que sólo contempla el afuera de lo mirado, y de mí mismo cuando “me” miro, que *en realidad es algo que imagino y vela lo representado en sí*. Con la mirada externa no sólo proyecto mi propia experiencia de-

gradada, sin volumen, sino que el mundo pierde volumen simultáneamente y constituye un paisaje plano, bidimensional por lo general, en el que también está ausente lo interior, la vivencia como tal y no el mero dato “objetivo” de la misma.

La mirada externa es, desde el punto de vista de una supuesta normalidad, **la mirada común del mirar**, además, la única que existe según la creencia generalizada.

Fue importante para mí considerar que puede haber otra mirada más integradora porque, conceptualmente, acepté la posibilidad de un corrimiento en el punto de vista y, con él, otras posibilidades. Alegóricamente, esto de “la mirada del mirar” lo asocio con el “vidrio para mirar”, el “looking-glass” a través del cual la Alicia de Lewis Carroll descubre otro mundo, oculto tras la imagen del espejo, tras la imagen que configura esta mirada del mirar externo, cuyos datos no puedo confirmar definitivamente, si bien gozan del “certificado de calidad” que supone el “pertenecer” a la “realidad”, según los criterios usuales.

“Yo” unifica e identifica

Mirar implica siempre algo distinto de mí que es mirado, aún puesto por mí, ya sea mediante la imaginación o el recuerdo. Aún cuando sea una imagen de mí, parcial, escorzada, es distinta de lo que vivencio como “yo”, el que mira.

Mirar implica siempre, además, el transcurso de mi experiencia, mi actualidad, **este presente que sobrepasa a cada instante toda circunstancia, sosteniéndome en el tiempo**.

Mi identidad no es la continuidad de las características de mi manifestación en el mundo, como si fuera una piedra, sino, por lo contrario, **el cambio permanente que se da aquí**, en la zona de la experiencia. **Yo soy yo y permanezco yo a través de los cambios de mi experiencia** y esa inmutabilidad es la de la unidad de la experiencia que se da aquí en este cuerpo, mientras mutan sus contenidos durante el transcurso de mi vida.

“Yo” refiere, en última instancia, a este “siendo” que transcurre entre un nacimiento que ya no recuerdo y una muerte que no puedo imaginar porque de ella sólo conozco los signos externos de lo cadavérico pero no las transformaciones internas de la experiencia.

“Yo” da unidad e identidad a una experiencia de transformaciones que transcurre entre dos umbrales, es el hilo conductor, la ruta conocida entre las orillas de lo infinito desconocido pero también es orilla para las travesías de mis mutaciones, es puerto seguro y, también, el ancla que en el cambiante mar de mi experiencia, me liga al cuerpo, mi permanente referencia en el transcurso, mi vehículo.

Por eso, **de “yo” sólo puedo afirmar, legítimamente, que soy**.

“Soy” es la manifestación del ser

Ya se adivina que cuando se pregunta ¿qué soy yo? se pregunta por lo que soy, por el “soy” y no por el “yo”. Y del soy no puedo decir mucho, porque está atado a la actualidad de “yo”, no he dejado todavía de ser algo que ya estoy siendo distinto. No obstante esta dificultad, puedo tener certeza de que soy.

Alcanzar la evidencia de que soy es un punto de inflexión del que, quizás, no haya regreso. En tanto no es un estado que se convierta en constante fácilmente, me incita al retorno, a volver a él, a buscarlo, a querer que sea un estado permanente. **Porque soy quiero ser siempre más**, actualizar y aumentar esa evidencia.

“Soy” es mi vivencia, me manifiesto en mi sentir, **mi ser es ser sensible y “soy” es la manifestación del ser**.

Ser es reflejar

Me reconozco como vivencia que se actualiza instante tras instante en una corriente ininterrumpida de experiencia de la que busco tener evidencia y el tipo de evidencia al que estoy acostumbrado es la que me muestra éso-que-está-ahí, ***conformada sobre la matriz de lo perceptual, por tanto, externa. Y no es ésa la matriz que necesito para reconocerme.***

Así como mi mirada y “yo”, el que la orienta, desaparecemos en la vivencia frente al mundo por el desdibujamiento de las sensaciones que nos corresponden, producido por el encandilamiento ante la intensidad de las sensaciones del mundo, yo mismo permanezco arrinconado en las sombras sin poder percibirme ante tanto barullo. Y en ese estado vivo casi constantemente.

La imposición del mundo con sus exigencias, el estar solicitado para responder a cada momento, invade todo mi paisaje y me anonada, y en ese anonadamiento transcurre mi vida en un “siendo” que más es “siendo-el-mundo” que “siendo-yo-mismo”. Ese anonadamiento se hace patente en la búsqueda de autenticidad que nos acucia, en particular, en esta época de obnubilación constante.

Vivo tomado por el mundo al punto que no actúo yo sino que es él quien me actúa al tener que responder instante tras instante a los problemas que plantea, con sus propuestas de placer que se truecan invariablemente en dolor para volver a la ilusión del placer que se convertirá en desilusión y así siguiendo, mientras el cuerpo aguante. En ese estado vivo sintiendo que no tengo “espacio” para mí. Y eso es así por ***la misma función que cumplo siendo, que es la de reflejar el mundo.***

Mi conciencia re-presenta el mundo, reflejándolo, pero no me doy cuenta de que lo represento, ***para mí el mundo está ahí***, no es en mi representación. Así, él goza de todo el poder y me encandila, me succiona y atrapa con sus formas ilusorias, forjadas en mi conciencia. Porque mis ojos no ven, ni mis oídos oyen, ***mis sentidos no sienten sino que es mi conciencia la que monta la percepción*** a partir de la materia prima que aportan los sentidos. Es como si estuviera encerrado en una caja negra con espejos intermedios y lo que ***recibo es el reflejo de un reflejo***, lo que mi conciencia configura con lo que los sentidos transmiten.

Por tanto, el mundo es un reflejo, ***todo es reflejo***. Pero yo no me doy cuenta de que lo es, no apercibo que ***las cosas no son como se presentan sino como las configura mi conciencia, como se manifiestan en mi siendo.***

El reflejo es lo ilusorio

Este punto es básico y se me hace imposible soslayar el empleo del intelecto para salvar este escollo que sólo puede superarse en una larga experiencia de observación del trabajo de la conciencia. ***Aceptar*** en este punto que todo es reflejo en mí y ***que nada es como es sino como yo lo configuro, introduce una cuña entre el mundo y yo mismo*** que permite diferenciar mi actividad y comprender, simultáneamente, cómo “es” el mundo, destacando lo ajena que vivencio mi representación, el reflejar, por estar impresionado por su contenido, el reflejo, y, al mismo tiempo, lo ajeno que es el reflejo, lo representado, respecto del objeto que refleja.

Relativizar el mundo que vivo no implica aislarme y negar la existencia del mundo ahí afuera, sino que es integrar la noción clara de que ***el mundo es como yo lo veo y, por tanto, que es posible verlo de otra manera***, volver a descubrirlo. Porque el mundo se configura en mí activamente, la actividad de mi conciencia lo configura y transforma, aún cuando pretenda ser fiel reflejo.

La noción de reflejo me permite rasgar el velo ilusorio que genera un lenguaje que privilegia el emplazamiento del mundo, considerando el mío propio en función de él y no ante mí mismo.

Estas sensaciones que tengo del mundo son impulsos que se traducen a imágenes por la actividad de la conciencia, e integran mi percepción, pero también son imágenes las que configuran mi visión del futuro, y también los recuerdos, de modo que **tanto la sensación como la imaginación y el recuerdo, son imágenes**. Y no sólo las del mundo, sino que, llevado por esa mirada externa, **configuro de mí mismo** una imagen, la **imagen de mí, que también es un reflejo** conformado por aquéllo que imagino de mí como visto de afuera y lo que imagino de lo que los demás dicen de mí, y lo que imagino que los demás piensan y no me dicen. **Y tomo esa imagen de mí, externa e ilusoria, como “mi yo”, como el fiel reflejo de mí mismo**, y es ella la que estructura mi comportamiento, es mi monitor de control.

De modo que en ese nivel de existencia, **no soy más que un reflejo entre reflejos**.

El anonadamiento del ser

Mi conciencia ya es en la confusión de la vivencia onírica, y eso lo verifico espontáneamente cuando me doy cuenta de que estoy soñando.

La diferenciación del paisaje como interno y externo es propio de la vigilia, si bien sigo “pegado” al paisaje externo como durante el sueño lo estuve al interno. **Mi conciencia releva los datos durante la vigilia ordinaria sin darse cuenta de su propia actividad**.

En ese estado de anonadamiento, mi conciencia funciona mecánicamente, irreflexivamente, sin darse cuenta de sí, y **el umbral interno permanece oculto**. El mundo interno no es más que una vaga sensación del intracuerpo y la presencia del ensueño me encandila mediante la fascinación, opacando la sensación de mí con los estados de ánimo que provoca.

Me doy cuenta de los objetos que pueblan el paisaje externo, respondo a los estímulos sin dilación, planeo, calculo, me vuelco vorazmente sobre el mundo, me muevo en él. A veces caigo en un semisueño fantasioso, casi siempre estoy envuelto en mis consideraciones internas, mis pensamientos, mis estados de ánimo, que son provocados por el mundo, son “de él”. Esas cosas no las reconozco como mías.

En ese estado soy un mero reflejo. Cuando trato de “conocerme”, miro hacia adentro, buscándome, pero esa introspección me sume en un laberinto de espejos que multiplican mi reflejo, ganan en volumen y profundidad y sus imágenes cobran vida, me veo inmerso en el mundo de mis ensueños, más “reales” o más fantasiosos según sus contenidos, pero ensueños al fin. Y soy presa de los sentimientos y estados de ánimo que me producen, del mismo modo que cuando estoy frente a los estímulos externos.

Siempre que el objeto se me emplaza por delante, sin mediación alguna, ya sea externo o interno, me identifico, me pierdo en él y soy presa de las vivencias que el objeto despierta en mí.

La conciencia emocionada me arroja al mundo o me paraliza, pero siempre bloquea la posibilidad de reflexión y de control del cuerpo, no puedo evitar sus reacciones.

La búsqueda paradójal

La búsqueda de mí está regida por un movimiento paradójal: cuando quiero aprehenderme, me pierdo, y sólo en la aprehensión de lo distinto de mí, me encuentro.

Cuando quiero mirarme, no hago más que imaginarme y pierdo la sensación de mí en las sensaciones que suscita esa imagen de mí. Pierdo la sensación de mí como sensación, con lo que pierdo la sensación del siendo, que es mí mismo.

Cuando quiero ir hacia adentro termino contemplando un afuera real o imaginario que, en todo caso, siempre me deja una perspectiva escorzada de mi experiencia. Nunca una mirada global actual.

Y no puede ser de otra manera porque **la mirada**, ya sea perceptual o introspectiva, **es siempre parcial, escorzada, esclava de un punto de vista**.

Aquello que intento aprehender es el mí mismo, busco mirar al que mira en el acto de mirar. Y sé que eso no puede ser porque **no puedo mirarme como totalidad. Pero puedo sentir al que mira** durante el mirar, diferenciarlo de lo mirado **y caer en cuenta que el que es no es lo mirado** e, incluso, que **lo mirado es porque es mirado**.

Y en esa demarcación interna del ámbito de experiencia, fortalezo la sensación de mi siendo y, a través de su reiteración y permanencia, alcanzo la certeza de ser. Miremos entonces.

El hilo de Ariadna: la sensación interna

Mi mirada es la conciencia. Mi mirada del mirar, del darme cuenta que veo, el darle dirección a mi visión. Mediante ella relevo el mundo distintamente, porque antes de mirar elijo qué mirar y cómo.

Además, a través de la mirada puedo darme cuenta de que miro, que dirijo mi mirada. Entonces distingo profundidades en el emplazamiento del punto de vista: puedo ver, puedo mirar lo que veo y puedo “ver” mi mirada, aunque contadas veces, porque su transparencia no puede filtrar el encandilamiento del mundo y me pierdo en él, en las imágenes que plantea y las sensaciones que provoca.

Porque ***mi modo de siendo es reflejando***. Normalmente estoy absorto en la observación de lo reflejado, desapercibo el reflejar como tal. Pero puedo atender el reflejar, lo puedo observar, y eso es posible si atiendo poco a poco a sensaciones menos claras que se dan en la profundidad de mi experiencia, las sensaciones de mi intracuerpo. Allí ***siento que siento***. Allí siento las sensaciones que tengo frente a lo percibido, lo imaginado, o lo recordado.

Es un corrimiento del punto de vista, no atiendo a lo que veo en el mundo, no focalizo la mirada en el mundo sino que ***desenfoco y atiendo a la copresencia de mí mismo***, a la actividad interna que desde dentro del cuerpo sirve de trasfondo al mundo, atiendo al “aquí detrás” de la ***mirada sin dejar de orientarla hacia el mundo***, sólo que desenfocada, sin prestarle atención.

Al principio surgen claramente las sensaciones del mundo y luego, una vaga y difusa sensación generalizada de todo el interior del cuerpo que sirve de trasfondo a las sensaciones de y a los sentimientos por el mundo. Y que está en estrecha relación con todos esos fenómenos porque desde esa sensación generalizada siento que siento, siento lo que siento por todo-lo-que-es-ahí, lo que se ofrece a mi mirada, no sólo el mundo sino también mis ensueños, mis recuerdos y futurizaciones.

Y en esa sensación generalizada puedo dejarme hundir, puedo aguzar mi sensación interna y percibir cómo esa masa cenestésica intensifica su calidez y me acoge con una sensación de unificación que calma mi ansiedad y me aquieta.

Discriminar entre imagen y sensación

En ese estado puedo reconocer cómo desde allí surgen las imágenes y las sensaciones. Y me pregunto entonces qué es y me respondo con certeza de intelectual informado que es la sensación cenestésica, la sensación del intracuerpo. Pero aquí no puedo diferenciar el reflejar de lo reflejado, porque en tanto lo que siento es actividad sensorial tendría que ser un reflejar también. Aquí siento que esa sensación es el reflejar, que es algo que puede ser sentido pero que, a su vez, me informa del interior del cuerpo, o sea que siente por sí al cuerpo, o en todo caso, es algo que sienten los receptores internos del cuerpo. Sea como sea, es algo que siento que es, y en ese estado de identificación con eso que es, ***siento que siento y en ese sentir profundo siento lo más auténtico de mí mismo***.

Llegar a ese estado implica un lavado paciente de lo imaginado en el imaginar, de lo recordado en el recuerdo, una constante separación de la imagen y la sensación, ***tomando la sensación como hilo conductor***, porque la imagen es siempre reflejo y, por tanto, percibo lo que aparece re-

flejado pero que no es, mientras **la sensación**, en tanto sensación y no lo sentido, **me conduce directamente al siendo-yo-mismo**.

Ese lavado es un paciente tomar conciencia de cada imagen, desenfocarla ampliando la visión al campo de copresencia en que se manifiesta lo interno, buscar en él la sensación y reconocerla, dejando deslizar la atención por ella, haciendo pie en el registro claro y distinto que me ofrece en ese laberinto especular que es mi “mundo interno”, mientras acostumbro la mirada a esa penumbra en la que busco la fuente que da señal de esa sensación, porque si la siento es que algo la percibe, y así, con la ayuda de mi entendimiento, alumbró el sentir interno de las sensaciones de lo externo, discriminando en esas profundidades lo que siente de lo que es sentido, separando nuevamente la imagen de la sensación, el reflejo del reflejar.

Así, desde ese sentir que siento puedo comprender la estructura unitaria de la percepción: **las imágenes** que se me presentan por un lado como el mundo y **las sensaciones** que por este adentro se manifiestan, **son una estructura**, porque ambas se dan adentro, porque ambas se constituyen en la conciencia, porque **son dos aspectos del mismo fenómeno** de fricción con el mundo: así como el espín con que se alegoriza la partícula elemental de la materia se manifiesta alternadamente como luz y como energía, **mi siendo se manifiesta como imagen y como sensación**. Aquélla, reflejo del eso-que-está-ahí y orienta la aplicación de mi energía, y ésta, señal del esto-que-siento-aquí y se manifiesta a través de ella.

En un trayecto dominado por encandilamientos y oscuridades, por sombras y claroscuros imaginarios, al alcanzar la sensación que siente se hace clara y distinta la calidez y la luminosidad, la quietud en la actividad y la sensación de integración. A todo.

La presencia del alma

Si percibo en mi adentro movimientos que no son corporales ni pueden ser sensaciones, porque las sensaciones no se mueven, y si mi atención puede llevar la sensación interna de un punto a otro del cuerpo, es que **hay algo que estoy sintiendo en eso que siento**, algo que no es sensación sino algo sentido, algo que siento. Y eso que siento a veces está, otras no. Pero no me cabe duda de que es.

Ese algo es energético, dinámico, variable, escurridizo, maleable, frágil y a la vez fuerte, pero siempre vuelve, y, por fin, luminoso, porque cuando aumenta su presencia aumenta la claridad interna.

Ese algo es mi núcleo, lo más tierno y profundo que puedo encontrar en mí mismo, lo más permanente y fiel cuando soy fiel y coherente conmigo.

Esto que he alcanzado aquí en lo más íntimo de mí mismo ¿qué otra cosa puede ser que lo que clásicamente se ha llamado alma? Esta masa de energía dúctil, que se escapa tras las imágenes que incesantemente brotan de mi siendo, me hace recordar al Sol y sus reverberaciones, las explosiones superficiales que irradian su energía. Sólo que, “asiendo” la imagen, puedo traer de vuelta esa energía hacia mí, meterla dentro de los límites del cuerpo, llevarla a lo hondo de mi corazón y sentir cómo se integra, preservando mi integridad.

Ahí en el fondo, que es aquí en lo más íntimo, tímidamente, suave y cálidamente puedo registrar, como de reojo, al alma, lo más profundo y permanente de mí mismo en toda su desnudez, pero también en toda su potencia, siempre distinto en su manifestación e idéntico a sí mismo en su registro.

Si sirve para algo, no lo sé todavía. Sólo sé que se parece a aquéllo que llaman en la mística hermética “el Yo profundo”, que su sensibilidad me da referencia de mi camino en el mundo y su concepción me ha servido para dar coherencia a mi visión del mundo.

He sentido y siento el alma, las más de las veces, temerosa de este “yo” que la busca y la ausculta, hasta que alguna rara vez, sin darme cuenta, ya no soy yo el habitual y me toman vivencias de nuevas estructuraciones del mismo paisaje, de nuevas dimensiones de lo Real, haciéndome saber que ella es dueña y Señora de eso que llamamos Realidad.

Así aprendí que mientras yo crea que la Realidad es la dueña y señora de mi existencia, que lo externo gobierna lo interno, que hay urgencias y prioridades mundanas, el alma me dejará obrar según mi creencia y permanecerá en su retiro, esperando su momento.

El anhelo de mundo

En la búsqueda de sí el alma encuentra el mundo y en la búsqueda del mundo se aprehende a sí misma, y en este ir y venir paradójal va tejiendo la trama de la realidad con el hilo de las visiones que orientan la acción y se anuda en las creencias.

Por eso, ésto que puede hacerse evidente en la descripción racionalmente organizada, difícilmente sea rápidamente aplicable a la observación de sí, porque no se trata de un mapa conceptual que permita ubicar fenómenos internos sino, más bien, es una suerte de carta meteorológica que me permite ir reconociendo los cambios en el devenir de la repetición de los fenómenos internos para ir, poco a poco, haciéndome perito en esas nuevas realidades que se me ofrecen, ese juego de espejos en el que estoy encerrado normalmente.

En lo cotidiano, ésto no es tan manifiesto porque me manejo volcado al mundo durante largos períodos, a veces semanas o meses. Y sólo de vez en cuando recaigo en buscar sosiego en mi mundo interno.

El punto de contacto entre el alma y el mundo soy yo. Porque ella es la pura materialidad, la energía en estado puro, a merced de las formas que imprime mi conciencia a través de las vivencias.

Además, ***el alma es mundo***.

Asumiendo que ser es sentir y, adecuado a este contexto, siendo es sintiendo, ***el mundo es el “sentido” primario de la vida*** en tanto es **lo** sentido, lo que brinda sensación y por ello orienta, atrae, succiona al “siendo”, llenándolo de paisaje estimulante por doquier, “rodeándolo” de imágenes, completándolo, porque ***el “siendo” es anhelo de mundo***.

La ilusión de quietud

La visión del mundo estructura mi experiencia y, en particular, los límites dentro de los cuales se despliega. No porque imponga vallas más allá de las cuales no puedo pasar, sino porque el paisaje que veo más allá no es atractivo, o tengo resistencia a transgredirlas o simplemente no veo nada más allá. Por tanto, la experiencia circula por los carriles conocidos del esquema mecánico de respuesta al estímulo con algún agregado casi ornamental de racionalidad como para justificar que soy humano. Como si lo racional fuera lo que nos distingue.

Esa falsa racionalidad estructura el mundo y la vida de un modo estático tomando lo humano como algo dado y acabado y no como un proceso que está en desarrollo y tiene que desarrollarse aún más. Así, la especulación me ilusiona con la posibilidad de un equilibrio vital estable, casi una quietud que sería deseable alcanzar, mientras ***la Vida***, por lo contrario, evidencia con todas sus manifestaciones que, si algo la caracteriza, ***es el cambio y la inestabilidad***.

La ilusión de un orden universal, del universo cerrado y mecánicamente estático del teísmo, saltó en pedazos y, sin embargo, el imaginario colectivo conserva esa tendencia inercial a la consecución de la estabilidad, por lo que esa ilusión parece muy cara a la conciencia.

Mi conciencia no tiende espontáneamente a la reflexión, hacia sí misma, sino por lo contrario, ***tiende a completarse con el mundo***, busca incesantemente un objeto que la complete, sin hallarlo nunca, salvo por el instante en que creo haberlo logrado.

No se busca a sí misma porque ella, el sí mismo, lo interno, aparenta ser nada frente a la plenitud que ofrece el mundo que, paradójicamente, no es más que apariencia, espejismo de colores.

Lo único permanente y verdadero, inmutable, es el cambio incesante y multiforme del siendo-uno-mismo. Pero la visión de ese cambio no seduce, por tanto busco esa ilusión que ofrece completarme, allí afuera, fuera de mí, en ese espacio que ofrece por delante, ya sea fuera del cuerpo o en el espacio imaginario, sin percatarme de que, en tanto reflejos ilusorios que son y, por tanto, fenómenos de conciencia, sirven a un movimiento legítimo de la conciencia que termina divertido por confusión: busco completarme en el objeto sobre el que proyecto la sensación de mí, creyendo que es el portador de esa sensación, y se aleja indefectiblemente cuando creo que voy a saciarme durante el instante en que lo aprehendo porque la sensación siempre va por delante, proyectada en los objetos del mundo.

Así se determina una visión focalizada de mi conciencia, limitada aún dentro del escorzo, que es lo propio del punto de vista, en la que pierdo el paisaje y se facilita la proyección de mi sensación sobre el foco, mientras el movimiento inverso (desenfocar) me devuelve a mí mismo, recuperando la conciencia y la visión integral.

Al captar este movimiento descubro cómo recuperarme cada vez y, de ese modo, ***lo reflejado se convierte en ocasión de mi encuentro y no de mi pérdida de mí.***

Conclusiones

Esta fenomenica que describo de ningún modo se da espontáneamente en la experiencia cotidiana. Fuí desarrollando una mirada que modificó paulatina y progresivamente las creencias que estructuran mi emplazamiento en el mundo, y va configurando una nueva vision del mismo, de la que puedo adelantar algunas pautas:

1) La experiencia externa se configura desde la piel, desde el límite de mi cuerpo; la de lo interno, corriendo el punto de vista hacia dentro, como hacia el centro de la cabeza, para poder abarcar la fenoménica interna, las manifestaciones del alma. En el primer caso el mundo es lo mirado, en el segundo, el alma. La mirada se dirige en el primer caso hacia fuera, en el segundo, hacia dentro. Por fin, el punto de vista tiende a emplazarse como dentro de eso que siento alma, desde lo profundo de mí mismo, mirando nuevamente hacia fuera, un afuera que no necesariamente coincide con el afuera del cuerpo. Y si mundo es éso-que-está-ahí para mi mirada, atisbé los límites de un mundo que todavía es opaco para mí.

2) La díada alma-mundo es curiosa: ***el mundo es referencia para el alma, y el alma tiene la posibilidad de ser conciencia***, lo que se da a través de su capacidad de reflexión, mediante la que el alma se aprehende a sí misma a través del mundo siguiendo el hilo conductor de la sensibilidad. Eso se percibe desde adentro. A su vez, ***el alma es la posibilidad del mundo de tener conciencia***, la capacidad que el mundo tiene de captarse a sí, a través de las conciencias.

3) Aquí se vislumbra otro nivel: por aquel lado, el mundo externo, por éste, la conciencia del siendo. Pero si sumo la pluralidad de conciencias y las miro (pienso) como emplazadas en el paisaje externo, ***la simultaneidad de esos actos de conciencia produce*** un corte radical en el paisaje porque ese “acto del mundo” que es la conciencia humana, lo es ahora, no sólo en mi conciencia sino en una inmensa pluralidad de conciencias que atravesamos la dimensión externa (el plano del mundo) con ***una interioridad simultánea que sobreimprime*** en ese plano ***una nueva dimensión de realidad***, incorporándose a ella como un dato que sólo puede ser inferido, porque no puede aprehenderse perceptualmente en vigilia.

4) Esta mi conciencia de ser yo, ahora en este instante, tiene como fuerte determinación perceptual el aquí, el lugar en que transcurro y la existencia de otras vivencias del aquí y ahora, de otras conciencias actuales en este instante, aún cuando esta circunstancia me resulte un dato remoto, irreal en tanto “pensado”. Sin embargo, lo cierto es que esta dimensión de aparente concretitud,

esta realidad externa de la que creemos depender está siendo horadada permanentemente por una actualidad interna, encerrada sobre sí por el anonadamiento que le produce la materialidad, a la que va transformando de manera confusa para poder permanecer.

5) *Esa actualidad diversa, esa multiplicidad de conciencias cerradas sobre sí vivenciando este instante simultáneamente, constituye la realidad.* En este instante hay miles de millones de conciencias como la mía vivenciando. Este momento, en la serie temporal que podemos imaginar, está siendo vivido por esa multiplicidad de conciencias que *todavía no es una multiplicidad conciente* ya que a través de esa conciencia de multiplicidad superarían la multiplicidad para convertirse en unidad actuante.

6) *La simultaneidad múltiple* o la multiplicidad simultánea de la vivencia del instante, de este instante, *nos habla de la unidad de un ahora que transcurre* no ya en un plano abstracto, sino en el muy concreto fluir de la existencia humana;

7) La unidad de esa actualidad nos remite a la vieja idea parmenídea de la inmutabilidad del ser: si *este momento no es* mi momento, sino *el momento del que participo con la multiplicidad de las conciencias que lo actualizan*, no es el ser el que transcurre como movimiento y cambio sino *el mundo* el que *pasa, mientras el ser permanece*, actualizándolo como paisaje. Tomado el ser como unidad subyacente a la multiplicidad de las conciencias, pese a que éstas se renueven en la superficie de contacto con el mundo (los cuerpos), el ser continuaría permaneciendo a través de esa renovación;

8) Pero es preciso hacer justicia a Heráclito, aceptando que ese mismo ser que reconocemos en la multiplicidad conciente *es un ser histórico* o sea *que, no sólo cambia en su manifestación material (corporal) sino que se modifica también cualitativamente: deviene más y mejor ser* a través de la conciencia de sí, crece en organización o complejidad interna.

9) Por fin, tengamos en cuenta que esa multiplicidad, que por ahora lo es de conciencias cerradas sobre sí, corresponde a la multiplicidad de almas. Si aceptamos que el alma es un campo energético y a esa cerrazón de conciencia le corresponde una obturación de supuestos canales de comunicación entre las almas ¿qué podría llegar a suceder si esos canales se destapan? En principio, no podemos vislumbrar mucho más que la unidad de las almas que, seguramente, produciría un salto radical cualitativo en las variables macro de nuestra existencia: lo interno sería externo manifiestamente, la realidad se generaría a sí misma y fluiría del adentro al afuera y viceversa y, muy probablemente cambiaría también el paisaje porque ya no habría puntos de vista enquistados en un enfrentamiento feroz, sino un fluir de perspectivas según el emplazamiento del punto de vista, y no sólo cambiaría el paisaje por la perspectiva sino porque el mismo paisaje sería mirada; lo externo sería interioridad manifiesta; y esa liberación energética con el fluir consiguiente por los carriles conductores de un nuevo circuito que sería ámbito mayor manifiesto, reforzado por la centredad global integrada por los centros individuales, seguramente produciría un cambio ambiental radical, ya que todo es energía.

El adentro del Universo

Sin fuegos de artificio, fantasmagorías o paranormalidades, esta fue mi revelación, que hasta aquí cuento. Resulta volátil y difusa, sin nada demasiado llamativo. No tuve experiencias que me resulten anormales. No me evadí de esta nuestra dimensión cotidiana, aunque siento que por ahí donde llegué, *hay un borde*.

No puedo darle más relevancia que la de haber encontrado y consolidado un concepto que tenía descartado y se potenció con la experiencia. Y me resulta importante porque *los conceptos*,

cuando tienen fundamento de experiencia, estructuran vivencias y fundan marcos de comportamiento, dan dirección a la vida. Y siento que mi rumbo se definió.

A veces me siento aterrado como quien se aferra al marco de la puerta de un avión, abierta en pleno vuelo, mientras se asoma al vértigo. Aquí ya tengo que discriminar la experiencia interna como experiencia de lo interno, de la experiencia interna propiamente dicha.

Esta experiencia que relaté fue de lo interno. Llegué hasta lo interno, delimité un ámbito y atisé una presencia. Rocé su superficie y tenté hundirme en ella, no por mucho tiempo. Hay más todavía. Siento haber llegado al umbral de la experiencia interna, la experiencia del alma.

Rozar la superficie de lo profundo de mí salvó la distancia del observador y sentí observar desde lo profundo, sin diferenciarme de mí. Simplemente era yo que miraba, no yo que sé que estoy mirando. Simplemente era un puro acto en ese instante y no había futuro, ni pasado.

El horizonte se abría ante mi mirada desprendido de la memoria, pura mirada del instante, mi esencia, y las imágenes que brotaban de mí no eran más que las estructuras de situación que me recibían luego, en el nuevo instante, a esta vida que soy y avanza incontenible hacia su propia multiplicación, hacia su incesante *ser más vida*.

Esta revelación me aportó un concepto, para algunos una mera experiencia intelectual que quizás no sirva para nada, simplemente es una utopía a la que llegué partiendo de algo aparentemente inútil, el concepto de alma.

A menos que nos decidamos a tentar la experiencia, partiendo de la certeza de que *la vida siempre produjo más vida*.

En esta caja negra de mi conciencia cuyas paredes se llenan con el brillo de los reflejos, el volumen interno de ese espacio aparentemente vacío está lleno de sensación, de referencia de la presencia de algo que, en tanto captado por los sentidos, filosóficamente no puede ser más que materia, si bien la percibo como energía, como nada concreto, y esa energía se abre, en tanto energía, al espacio abierto del Universo.

Esta mi energía interna que, unificada más allá de su apariencia fenoménica, conceptualizo y denomino alma, es parte de la energía universal que viene procesando desde el inicio del tiempo, mutando su forma, concentrándose y expandiéndose, generando estadios cada vez más complejos de organización.

Este alma que descubro en este mi adentro, en la infinitésima parte que le corresponde, *es el adentro del Universo que se despliega en este instante*.

Agosto 1996 a diciembre 1997

reducción existencial

Si fuera coherente con los postulados de la reducción fenomenológica, tendría que “meterme” para adentro e ir desconectando el mundo hasta palpar las esencias (funciones) de la conciencia. Y luego volver al mundo, con la mirada “purificada”. ¿De qué? De la doxa, de lo que opino, de lo que creo espontáneamente, sin experiencia.

Indudablemente, la certeza de ser es el primer resultado de ese proceso; la noción de la constitución psicológica de la realidad, el segundo.

Ahora bien, si la mirada depurada me muestra, en primer lugar, que *yo creo en el mundo como lo concibo*, puedo desconectar esa creencia que no necesariamente es desconectar el mundo.

Yo creo en las formas con que el mundo se me aparece, creo en que hay un pasado y un futuro; que hay planetas y galaxias más lejanas; que hay muchos otros hombres más, y ciudades, que las que he percibido y puedo percibir actualmente. Creo porque lo he visto y he leído sobre ello.

Creo que los humanos se desplazan de un lado a otro independientemente del medio que los rodea y que los planetas son, a su vez, como individuos, y las estrellas, y las nubes, y los árboles y los animales, una inmensa variedad en la diversa multiplicidad de este uni-verso que, también, creo uno.

Y toda la ciencia me habla, describe y clasifica esa diversidad externa, y hasta lo hacen con la interna, con desigual fortuna.

Si miro el Universo, un dato se destaca: estamos a años-luz... Las distancias respecto de las estrellas son tan largas que se miden por el tiempo que tarda la luz en llegar a nosotros. Y esa luz son las imágenes de una estrella, una nebulosa, un planeta... como eran hace tantos años como los necesarios para llegar allí. Porque si me pusiera en marcha, con seguridad no encontraría lo que ví al iniciarla.

De modo que *el Universo me muestra su pasado*. Entonces, quizás esto que vivo podría ser el hoy de aquéllo que veo y ya fue.

Lo cierto es que *hoy no es como lo veo*, aquéllo que me llega como imagen desde el espacio sideral. Quizás está siendo, pero de otra manera que no puedo percibir ahora. Pero es. Aún cuando haya mutado radicalmente y esté convertido en un agujero negro.

Pero también lo próximo, lo que sucede y configura mi percepción, *la imagen de lo que me rodea me muestra lo pasado* aunque este instante en que lo percibo sea una fracción de segundo posterior a lo sucedido, tan imperceptible en la vivencia que no alcanzo a advertirlo. *Lo que percibo y vivo como actual*, como que está pasando ahora, *ya pasó*. Y se me escapa, ya no puedo asirlo.

Por otro lado, ese prójimo que pasa por ahí también podría “reducirse” hasta topar con sus esencias, y también aquél, y todos. *En todos y cada uno laten los mecanismos que traman la realidad*. Sólo que no los vemos. Está ahí delante y sin embargo no lo veo. Puedo adivinarlo, inferirlo porque es humano como yo y entonces, seguramente, puede. Pero no lo veo.

Ese su adentro me es inaccesible como mi adentro lo es para él. Pero ambos adentros son, ambos somos adentro. Los adentros pulsan simultáneamente tramando su realidad, mi realidad, quizás nuestra común realidad, del mismo modo que en los oscuros rincones del Universo pulsan estrellas que ni siquiera puedo imaginar, y rotan planetas y nebulosas ajenas a mi existencia. Y en ellas, también hay un adentro de fuego que pulsa.

En todas direcciones del espacio que puedo imaginar, seguramente hay seres que pulsan en este momento, siendo. Como yo, como vos, como él, como todos.

Eso es así ahora... y también, ahora... y también, ahora... y también, ahora... y también ahora, instante tras instante. Y puedo llamar pasado a aquél primer ahora, y desde él llamo futuro a este último ahora. Pero fuera del juego mental de la precesión y la sucesión, más acá de la expectativa y el recuerdo inmediatos, más acá, más íntimamente aquí, en este punto del tiempo en el que siempre me desplazo por el torrente del transcurrir, al que me aferro casi desesperadamente para

ser y sentirme ser, descubro que puedo soltar este punto y mirar cómo se van aquellos momentos y se acercan los otros; todos, imágenes que no se han incorporado o que han abandonado esta sensación de ser que me ancla en este instante.

Y si atiendo a esos otros instantes que transcurren simultáneamente con mi instante, y aquellos otros que imagino, por no poder percibirlos, pero que sé que también transcurren en este instante, ya no lo siento mío. Este instante ya no me pertenece y no soy más que un punto infinitesimal, en este instante, en esta inmensa extensión que puedo imaginar deviniendo, transcurriendo, con un pasado que se aleja actualizando un futuro que se acerca y, simultáneamente, tramando el presente, vacío de forma que sólo percibo cuando ya fue entremezclada la que fue con la esperanza de la que va a ser.

Apenas soy un punto que teje simultáneamente con otros, la infinita trama de este instante que se despliega espacialmente en lo que llamamos Universo.

27 de agosto de 1997

Yo soy lo que identifica. "El" yo es aquello que se identifica. Y, en tanto identificación, es efímero, cambiante, fluye.

Mientras que aquél que observa, de instante en instante pasa siempre neutral, incoloro, transparente, es eterno e inmutable.

El "ser-algo" es mutable; el Ser, en tanto "no-ser-algo", es inmutable.

13 de enero de 1999

Yo soy lo que identifica, aquello que da sustancia a lo identificado. "El" yo, por lo contrario, es aquello que identifica conceptualmente, esto es, en el plano de la abstracción, es la forma conceptual de la imagen que el sujeto tiene de sí mismo.

Yo doy cuerpo, soporte, a lo que identifico. Y me reconozco cuando digo "yo".

Así, yo doy vida, con mi sensación, al paisaje. A través de esa sensación cobra materialidad. En ese identificar el objeto yo desaparezco para dar presencia al objeto. Mi presencia desaparece en el sentir el objeto y me vuelvo reflejo de esa presencia objetal en tanto estimula mi sensibilidad.

Las sensaciones de mí quedan en copresencia. Básicamente, identifico como mí a mi cuerpo, que queda relegado, desplazado, encubierto por mi sentir el objeto. Pero de ese sentir también tengo sensación, de modo que, en tanto el objeto domina mis sensaciones, yo desaparezco como sujeto perceptible y paso a copresencia.

En ese estado de actitud espontánea, "natural", dominan mis intereses, determinados por el medio y mi sistema de tensiones.

Al observar deliberadamente refuerzo la sensación del punto de vista, yo vuelvo a ser mí mismo. Me distancio del objeto y las sensaciones que en mí estimula. El objeto deja de ser foco, que se reabsorbe en el punto de vista y amplío la mirada sobre el paisaje.

Al recuperar la mirada se profundiza el paisaje y puedo considerar las distintas opciones, el momento de proceso, mi emplazamiento situacional, el de esta situación particular en mi situación general.

Abril 19 de 1999.

LA FUNCIÓN DEL YO

Ante la incertidumbre que genera el mundo, uno busca la estabilidad. Así, por un lado, genera una imagen fija, predecible del mundo. Por el otro, generamos una imagen fija pretendidamente inalterable de uno mismo (uno "es así" y no va a cambiar) que permite la continuidad en uno ante la mutabilidad mundana. Así "mi" visión del mundo también se fija, más porque es mía que por ser reflejo del mundo.

Esto es así también por la omnipresencia de la imagen de mí, que como sensación se encuentra dispersa.

Si estoy mirando imaginariamente una situación (pensándola) veo cómo esta me afecta y, también, lo siento.

Mi sensación de mí se encuentra confusamente difundida en el espacio de representación y se adhiere a todo sirviendo de soporte a la identificación y el sentido de las cosas.

6/10/99

LO QUE YO CONOZCO...

LO QUE YO...

YO, en definitiva, lo que pienso de mí

Mi mundo me determina y condiciona mi libertad.

Mi mundo es lo que yo conozco, lo que puedo conocer de él según mis limitaciones.

Lo que conozco es una estructura de presentación de lo que puedo conocer y reconocer; en definitiva, una estructura de objeto (lo que).

Esa estructura de objeto, en tanto determinada por mis posibilidades y por ser una estructura psicológica, es un fenómeno mío, es parte de "mi" yo.

Si yo es mío, no es yo, porque soy otra cosa que lo que tengo.

Así que "el" yo es lo que pienso de mí, que como todo "lo que" es objeto, una habilitación de operaciones condicionadas por mi estructura psíquica.

Mientras sigo siendo.

Mayo 10 de 2002

YO SOY LA RAZÓN (no "el" yo)

Implica:

- 1) evolución (base material, cuerpo)
- 2) historia (cultura)
- 3) biografía: "Yo" designa experiencia
- 4) lógica: forma: "YO" ES OBTURADOR DE EXPERIENCIA: Deja "pasar" la luz y salir "a la luz". Es un módulo de REALIZACIÓN; modula la generación de la realidad. FORMALIZA (concreta porque no hay materia sin forma)
- 5) mirada: la actividad constante, el presente, la actualización de memoria.

2/7/2002

RECUERDOS DEL YO: LO QUE HACE LA DIFERENCIA

Buenos Aires, marzo 12 de 2004

¿Porqué recuerdos?

Como en escritos anteriores, no pretendo "sentar verdades" porque esa pretensión universalista no me cabe: por principio, por experiencia, y porque, en todo caso, sólo del intercambio, concordancia y acuerdo podríamos sentar un aparato conceptual que pudiera servir de alguna referencia.

En lugar de recuerdos podría haber dicho flashes como los que Alicia tenía mientras iba cayendo por el pozo en persecución del conejo. Son visiones escorzadas que tienen esa velocidad y lentitud simultáneas.

Pero, sobre todo, porque el yo es pasado y de él sólo se puede tener recuerdo.

Querría resaltar esto: cuando "me" miro, o cuando observo detalladamente una preciosa entrega de memoria respecto de lo que he percibido o reconozco como "yo", estoy mirando algo pasado.

Y esto, porque "el yo" no puede ser objeto inmediato de conciencia.

Por tanto, mirar al yo es mirar lo pasado, esa "sumatoria de memoria y sensaciones" que puedo percibir coordinando mis acciones.

Esto implica ya, que mi punto de vista es la experiencia, la dinámica constante, el flujo vital que puedo advertir en mí.

El punto de vista

En otro lado (Yo soy alma, ver más adelante) establecí una clara distinción entre "yo" y eso que habitualmente llamamos "el yo", allí identificado como "imagen de mí", como precisión vivencial del concepto teórico de la imagen de sí.

Eso fue como resultado de una suerte de "viaje" interno por la materia de la representación y sus capas, en una búsqueda de dar un ordenamiento primario al material teórico y su "encarnación" en la experiencia.

Fue un intento de precisión detallista en cuanto a los conceptos y las visiones que me parecía les correspondían. Un modo de tratar de paliar la distancia vivencial insalvable entre el concepto en su formulación teórica y su operación vivencial. Porque los conceptos, además de ser pensados, operan en la experiencia orientando el pensar, bien que no al modo de las imágenes con la conducta. Pero para que eso suceda, el operador/observador tiene que estar correctamente emplazado.

Sabemos que las imágenes operan según su emplazamiento más profundo en el espacio de representación. Cuando hablamos de imágenes emplazadas intencionadamente. Pero también operan en el emplazamiento más cotidiano "de la cabeza", en esa suerte de pantalla que podemos registrar adentro, como en o como afuera/pegada a la altura de la frente. El famoso dibujo de Freud con una mujer desnuda en su frente es una alegoría bastante aproximada.

Lo cierto es que se borra la sensación de límite corporal en la frente y allí "habitan" las cadenas ensoñativas con intensidad relativa al nivel de trabajo de la conciencia. Desde allí emergen los fantasmas y las sirenas. Allí la realidad se hace majamama con la fantasía según la intensidad de los climas, también.

Es en esa región del campo de conciencia que alguna vez fue descrito como "la superficie del lavarropas", por donde voy a entrar.

Por tanto, me interesa ese nivel de mirada simple, no analítico-teórica, en que trataré de mantenerme, de conservar todas las impurazas de esa "ensalada".

Así, "el yo" será la designación de esa evasiva sensación de algo que, al mismo tiempo, da cuenta de lo que soy (pero de manera parcial, escorzada por la vivencia que está transcurriendo), que da señal de esa "cosa" que puedo ser en el torrente de mi conciencia, y de ese piloto que intenta dar algún rumbo o maniobrar de alguna manera.

La omnipresencia del yo

Nada más constante, más permanente que el yo. En nuestra experiencia ¿a quién se le ocurriría decir que el yo es "impermanente" como afirman los budistas? O, más grave aún, un "agregado de la conciencia".

¿Cómo puede ser transitorio eso que siempre encuentro cuando observo mi conducta, sea por intención o casualidad? ¿Cómo podría sobrar yo en mi dinámica de conciencia, si en lo espontáneo toda mi dinámica la puedo resumir a mí mismo?

Intentá ver cuándo no estás, cuándo no hay "yo" en tu dinámica interna. ¿Acaso no te ves mover, respirar, etc.? ¿Acaso no es referencia constante de lo que se siente y piensa? ¿Acaso no es lo que sostiene tus quererres?

Tratá de buscar cuándo no estás. Seguramente encontrarás que a veces, muchas, "te perdés" en lo que hacés, en la contemplación de algo, en la expresión de un sentimiento intenso, de esos que llaman pasiones. Sin embargo, al regreso de la experiencia, los vivís como afirmaciones o confirmaciones, por acierto o error, de que sos, de que "ése también soy yo".

Sea como fuere, y no por imperativo de la estructura gramatical, "el yo" está siempre "a la cabeza" de un verbo. Dicho de otro modo, en la base de toda acción está el yo. Toda acción tiene siempre un objeto, sea como punto de aplicación o como finalidad (representación de la transformación que se busca en el medio o en uno). Y cuando hablo de acción implico también al pensamiento.

De modo que el yo siempre está, aunque la mayoría de las veces perdido en el objeto involucrado en su acción. Mejor dicho, en su ensueño, porque la atención al objeto establece una tensión que impide el desvanecimiento de la sensación de sí, la plena identificación con el objeto.

Y ese yo que se pierde en el objeto lo hace merced a la intensidad de las sensaciones del objeto, que son más fuertes que la sensación de sí.

Sabemos que esas sensaciones, ese complejo de imágenes (visuales, auditivas, etc.) queda grabado en memoria, y sabemos también que esas grabaciones quedan grabadas de modo parcial, con el sello del escorzo con que fueron vividas, independientemente de que luego sean procesadas por memoria.

Y sabemos también que, a veces, se producen fuertes diferencias internas según roles, climas, en las distintas facetas de "el yo" como cúmulo de sensaciones y memoria.

De modo que cuando decimos que el yo coordina las acciones, no nos referimos a un mecanismo neutro y universal como sí es nuestra atención, como es coordinadora la conciencia de nuestra actividad psíquica. Cuando decimos que el yo coordina nuestras acciones nos referimos a un mecanismo que se presenta distinto según cada situación. Los yoes están teñidos situacionalmente: en el trabajo opera nuestro yo laboral; en pare-

ja, otro; con los amigos, el yo amigo; etc. Según el acuerdo o uniformidad en la conformación o base de sensaciones de los distintos "yoes", será la armonía y coherencia en el registro de identidad que se tenga.

Todo esto lo conocemos. Pero quise hacerlo más explícito en cuanto a que "el yo" aparece en cada caso vestido con el ropaje adecuado y, cuando no, nos damos cuenta: no nos reconocemos, nos desconcertamos, etc.

El soporte del mundo

Así, este yo omnipresente está acompañando todas las vivencias que tengo del mundo. Esa confusa mezcla de sentimientos y sensaciones pasados matizados en cada situación con las sensaciones que suscita, es el soporte estructural de "mi" mundo.

Y mi mundo es el único que existe.

Sí, por supuesto, está "el" mundo. Ese que se presenta a cada instante frente a mi, y con frecuencia se planta con su testarudo "no" frente a mis deseos; ese que se niega a doblegarse a las manipulaciones de mi ensueño y que constantemente lo alimenta con su fascinación. Más complicado aún, ese mundo que sostienen, reproducen, y explican los otros, y que me incitan a reproducir, a unirme con ellos, disparando una dialéctica interna de acuerdos y desacuerdos que va construyendo la compleja trama de mi ser-en-relación.

¿Es necesario abundar sobre la fractura interna que se puede llegar a vivir cuando uno siente que "se pliega a la comparsa", o "se somete a los dictados de los demás" o "comprende la futilidad de la propia fantasía"? No interesa aquí -ni podría encarar- la miríada de situaciones que se generan. Sólo me interesa destacar esta especial situación que puede oscilar entre la molestia y la fractura, cuando no me pongo de acuerdo con el mundo.

Pero, sobre todo, yo y mi mundo -también lo sabemos- es una estructura inescindible.

El mundo puede ser horizonte de mi despliegue existencial pero, habitualmente, no es más que la incitación justificada a la repetición, que cómodamente consiento para calmar la inquietud que me produce la posibilidad del cambio.

Pero el mundo es una caja de Pandora: cuando algo se me frustró, siempre hace aparecer algún nuevo fenómeno -divina virtud de la inagotable Diversidad- que me ayude a recomponer mis fuerzas y volver a levantar las banderas -nuevas o viejas, no importa- para continuar en pos de mi más cara, íntima y preciada meta: el fortalecimiento y ampliación... de mí.

Aún en la tan preciada búsqueda del desapego de uno mismo está el yo buscando perpetuarse.

¿Y porqué?

El cuerpo y el yo

Tomando como apoyo para seguir nuestro desarrollo, esa base sensible del yo, esa mezcla de impulsos provenientes de sentidos externos e internos que no son otra cosa que actividad del cuerpo -aunque provenga de sus receptores externos e internos-, podemos ligar el cuerpo y el yo mediante la identificación.

Va de suyo que en la experiencia espontánea a nadie se le ocurre que no sea su cuerpo. No vemos yo es, vemos cuerpos; y el espejo nos devuelve la imagen de un cuerpo, no de un yo. Pero como ese cuerpo dice "yo", yo soy ese cuerpo.

De modo que cuerpo y yo, en esta experiencia indiferenciada de lo cotidiano que estamos abordando, son la misma cosa.

Desde otro ángulo, el yo es sensación y memoria: sensaciones que produce el cuerpo y la memoria de lo que vivió el cuerpo.

¿Cabe duda de que el cuerpo sea mundo, desde el punto de vista externo? Visto desde afuera, nuestro cuerpo es mundo para los demás, y a la recíproca. Así que el cuerpo es mundo.

Y hemos visto que el yo y el mundo forman una estructura.

Todo esto visto "en el pizarrón", como si estuviéramos dibujando un gráfico, por tanto, plano, bidimensional. Porque en la vivencia yo/cuerpo me encuentro en el mundo, salvo contadas ocasiones en que la profundización del punto de vista, sea por trabajo o por accidente, hace que el mismo cuerpo sea vivido como mundo para el observador.

Este es, quizás, un primer límite o umbral en nuestro "adentramiento" de la experiencia.

Pero, en lo cotidiano, yo/cuerpo se desenvuelve en el mundo, y el mundo, pese a esa coimplicancia estructural que hemos apuntado, en la vivencia se presenta como lo distinto, lo ajeno, por extraño al cuerpo. Que soy yo.

Pero aún pese a esa distancia/diferencia que pone el cuerpo con sus sensaciones táctiles de límite, mundo y yo remiten el uno al otro recíprocamente, mecánicamente, porque ambos están coimplicados, porque ambos son un solo fenómeno.

El mundo es objeto de las apetencias del yo, y el cuerpo no es más que el instrumento para cumplirlas, aunque esta distinción o función de prótesis no nos sea clara en la inmediatez de la vivencia de la acción.

A su vez, el yo es la apetencia del mundo, en tanto el conjunto actuante de yo es que somos todos, forma parte del mundo.

En un nivel más abstracto se ha dicho que "el mundo es el objeto de la conciencia, y la conciencia, el acto del mundo" y lo dicho arriba no sería más que su encarnadura cotidiana.

En esa dinámica de apetencias podríamos encontrar la base material de la alegoría del ouróvoros, que habitualmente se ve como la serpiente que se come la cola. En este nivel de encarnadura de lo que digo, sería adecuado. Pero considerando la relación conciencia/mundo sería más bien la serpiente que genera su cuerpo.

Volviendo al punto, considerando esa coimplicancia dinámica entre yo y mundo, podemos afirmar que el yo es el mundo y no puede ser sin él.

Toda afirmación (o negación) del mundo lo es de mí mismo. Y a la recíproca. De modo que cualquier movimiento en una o otra dirección, me deja siempre en el mismo lugar, aunque el paisaje haya cambiado aparentemente.

Dentro de este nivel se incscribe nuestra vida como la hemos conocido. Esta suerte de circuito cerrado constituye el estado actual de cerrazón de la conciencia humana.

Otros horizontes

Desprendido del mundo como tal, el mundo que es mundo para el yo, el cotidiano, familiar, conocido, su medio ambiente y, particularmente, en condiciones de reducción ambiental física y de aislamiento de los estímulos comunes a todos, como sucedió en mi

reciente internación, me encontré, en primer lugar, con la relación mecánica entre pensamiento y cuerpo. Pude ver con inmediatez y prístina claridad cómo mis pensamientos alteraban el estado orgánico.

La estructura básica del sistema de tensiones se hizo manifiesta, liberada del acolchamiento que produce la masa habitual de estímulos que la tapa.

Sometido a una intervención quirúrgica, cuando volví en mí no registraba más que un punto de vista aterrado, como escondido/incrustado en algún remoto rincón de lo profundo de mi cabeza, acosado por el dolor y la posibilidad de ser "llevado" fuera del mundo, si bien nada hubo que indicara tal cosa.

En ese estado, que duró varios días, mi cuerpo ya no respondía porque estaba agotado por la herida.

Y mi pensamiento se devanaba en una dirección hasta que, de pronto, como por propio peso, caía "hacia el otro lado" y seguía la dirección contraria. Hasta que nuevamente su peso lo llevaba hacia el otro lado. En algún momento eso se redujo a una especie de símbolo/máquina que no atiné a rescatar, donde una bolita giraba hacia un lado y, luego, desbalanceaba y caía hacia el otro, y así siguiendo, como en una suerte de símbolo del ying/yang en dinámica.

Sí se me hicieron claros los planos que arriba intento describir. Cómo el yo se queda en vacío sin el mundo cotidiano y cómo el cuerpo es prótesis de mis intenciones.

En esa situación como de suspensión en el tiempo pude vivenciar la pertenencia casi imperceptible a algo común, si bien podía estar fuertemente impresionado por tantos amigos que pasaban a darme su aliento.

Pero lo que sí me quedó de manera imborrable, es que es el yo lo que hace la diferencia.

Lo que hace la diferencia

Esa famosa frase -que se utiliza en tantos ámbitos para prestigiar o resaltar algo o un atributo de algo- es, me parece, lo que distingue característicamente al yo.

Vimos que el yo es cuerpo y se nos ha dicho que el cuerpo es tiempo. Y el tiempo no es más que diferencia. El tiempo es diferencia en tanto es información. La ausencia de información vacía el tiempo, así como su abundancia lo "estira" y sus variaciones en el fluir lo secuencian.

Las diferencias temporales son diferencias entre instantes y esos instantes no están medidos por el reloj sino por las vivencias. Los sutiles indicadores de cambio están dados por las sutiles variaciones en las distintas facetas que componen una vivencia.

Y las vivencias son vivencias del yo. Los contenidos de la vivencia son los "objetos" de la conciencia, pero el yo está ahí siempre, como polo subjetivo que da referencia, "aprehendiendo" esos objetos.

Y es el yo lo que cambia los objetos, lo que tiñe y retiene los objetos que se constituyen a partir de los estímulos del mundo; por supuesto que cuando se mantienen constantes esos estímulos.

No son los objetos los que cambian al yo, aunque incidan sobre él, sino que por su permanencia, es el yo el campo de variación constante en el que caen los objetos.

Así que es el yo el que pone las diferencias. Y no sólo con lo que nos rodea, sino con nuestro cuerpo, y formula así las diferentes presentaciones de sí mismo.

El lugar del yo

Sabemos que la base de la actividad psíquica es la dinámica de los impulsos en el circuito neurofisiológico.

Su traducción en el nivel de imagen nos hace acceder al ámbito de la conciencia que, en su aspecto no perceptible, sirve de base a nuestra "vida psíquica": la dinámica de las imágenes considerada como nivel mecánico de lo imaginario donde no interesa las diferencias que marcan las notas particulares que portan el contenido de las mismas.

Toda imagen es imagen de algo.

En la primera parte de la frase ("toda imagen") podemos ubicar lo mecánico de la imagen, su posibilidad de expansión, contracción, desplazamiento.

En la segunda parte de la frase ("imagen de algo") se monta lo conocido, lo perceptible: los contenidos de conciencia, lo representado, las representaciones en tanto componentes de la vivencia, si aceptamos que ésta sea el "átomo" de la dinámica psíquica, o la unidad mínima en que podríamos descomponer analíticamente el torrente de conciencia.

Este sería el plano de lo que habitualmente llamamos lo psicológico, y sus reglas de funcionamiento son las alegóricas: asociación por similitud, contigüidad y contraste de los contenidos de conciencia, de lo representado.

Al yo lo detectamos en este nivel pero, ¿cuál es su base en la dinámica de impulsos? ¿tiene alguna?

Sabemos que es sumatoria de sensaciones y memoria, o sea cuerpo. Podemos promediar ambas como señales del intracuerpo. Por tanto, el yo es percibido en el intracuerpo, por los sentidos internos.

Si atendemos al viejo esquema de la "caja negra" (entrada del dato, unidad de procesamiento de datos, salida del dato) formulado en "Apuntes" como estímulo/registro/respuesta, y atendiendo a este dato de que el yo es percibido, el yo sería un estímulo.

Pero dijimos que era un estímulo interno, en todo caso. Y sabemos que al yo no se lo percibe cuando percibimos. Cuando miro algo, "me" desvanezco frente a lo mirado, si no hay variaciones de estado "de este lado".

Por otro lado, sabemos que puedo detectarme a través de mi actividad, que si no la hay, no, lo que dejaría de lado la posibilidad de auto-detección espontánea, sin actividad previa.

¿No será más bien que el yo se forma a partir de los datos que se reinyectan por retroalimentación, a través de las sensaciones de la propia respuesta?

De ese modo, el yo se ubica del lado de la salida de información, es un dato más que sale de la caja negra, otra configuración más de la conciencia.

Sólo que, como los sentidos internos y externos toman información también de su propia actividad y de la actividad de respuesta de la estructura, el yo sería algo así como la sumatoria de los residuos filtrados por los sentidos, de la propia actividad.

De ese modo se entiende las variaciones según objeto y situación y, sobre todo, según estado interno de la estructura.

Y, nuevamente, confirma que el yo es pasado, es el registro de lo que pasó en la estructura, reinyectado y traducido progresivamente como una imagen de sí que se va completando con la multiplicación y repetición de las respuestas.

Así que "colgamos" del lado de afuera, apenas sostenidos por nuestros sentidos pero, reforzados por la constante retroalimentación llegamos a ponernos "por delante", actuando sobre la misma estructura, orientándola, determinándola con los teñidos propios que se van formando con el decurso de nuestra biografía.

Y ahí le encuentro sentido a la palabra "agregado" que usan los budistas, entendiéndola como formaciones incoherentes y rígidas que limitan la fluidez del torrente de conciencia, la amplitud de las vivencias y la adecuación de la acción a la situación, tanto particular como general.

De ahí que disolver esas rigideces, tanto en el nivel corporal (fijación de tensiones) como imaginario (fijación de imágenes) sea el comienzo adecuado para poder lograr un proceso coherente de apertura de la conciencia.

(Este texto se disparó en la breve estada que hice en casa después de una primera operación en la que me sacaron medio estómago y el duodeno, el 2 de marzo de 2004. Quizás presionado por el registro de límite que había vivido, el texto brotó muy apresuradamente, en medio de un tremendo ruido mental de trasfondo. El lunes 15 al mediodía me volvieron a internar con una peritonitis que obligó a reabrir. Después de esa segunda operación, fue el Silencio. Entonces conocí la paz mental y caí en cuenta lo que era el ruido de fondo. Abril 8 de 2005)

Ser es consistir: el aliento de Brahma

Todo lo que es, consiste. No sólo existe, se emplaza, se muestra desde, aparece. La existencia es evidencia externa, para los que ven. Y la evidencia, para el que existe, también es externa: se ve reflejado en la mirada de los otros. Que no siempre refleja lo que uno cree que expresa. De modo que uno puede llegar a saber que está ante otros, que es para otros, pero confundirse en cuanto a qué cosa es, para los otros pero, sobre todo, para uno.

Todo lo que es, no sólo aparece, se manifiesta, sino que tiene consistencia. Al menos, tal sucede con los cuerpos. Y eso no deja duda sobre el ser y el qué es. Pero en el caso del ser humano, uno no sólo es cuerpo, que tiene consistencia también para uno. Uno tiene necesidad de sentirse consistente más acá del cuerpo.

Ahora bien ¿cuál es el registro del consistir? ¿Se da en relación a sí mismo? ¿O a otros? ¿En relación a la situación o a la imagen de la situación?

Yo experimento que mi registro de consistencia se da en relación a lo hecho o a la imagen de lo por hacer, pero no en el modo del ensueño sino en relación a un paisaje operativo, a la representación de una situación inmediatamente posible.

Así, en relación a "algo" se daría el sentido literal del con-sistere: pararse-con, emplazarse-con.

¿Puedo generar el registro del consistir sin "algo"? Porque ese algo que me da consistencia es una imagen emplazada en mi campo de conciencia (espacio de percepción, si percibida; de representación si imaginada). Por tanto, objeto de mi atención.

Teniendo en cuenta esto, reformulo la pregunta: ¿puedo emplazarme con la atención sin contenido? ¿Sólo por dirección?

No puedo dirigir mi atención más que en dos direcciones: hacia las cosas o hacia "las ideas"; hacia el mundo externo o hacia el mundo interno.

En dirección hacia el mundo externo topo, cuando menos, con el límite del cuerpo, que me da la pauta de realidad de lo que está más allá de él; separa del mundo mi sentir aquello que capta mi atención dándome clara señal de su independencia, por pertenecer al mundo.

En esa dirección, mi percepción externa se activa y actualiza todos los datos situacionales que releva. Y mi sentido interno también aporta lo suyo respecto de mi estado.

En cambio, cuando me dirijo al mundo interno, desconecto la percepción externa, por tanto los datos situacionales no acceden al campo de presencia, que se encuentra tomado por la imaginación.

Lo externo queda relegado a la copresencia, casi latente, y las mismas sensaciones del cuerpo son desplazadas por las sensaciones que provoca lo imaginario.

Aquí, la sensación de "yo" también es desplazada, con el ámbito que le sirve de referencia, y se diluye en la sensación del paisaje. Soy todo sensación de lo que me "ocupa". Estoy identificado con el objeto.

Este fenómeno de identificación también se produce en relación al mundo externo cuando se pierde la referencia interna, la copresencia de mí mismo que se sustenta en la sensación kinestésica y cenestésica del cuerpo, bien que ésta se encuentra difusa y suavemente generalizada, como una sombra o contracara de la sensación del límite del cuerpo que integra con la kinestesia.

Es esta sensación del límite del cuerpo lo que destaca la sensación de presencia de uno mismo en la situación, estableciendo una tensión entre "yo" y el objeto que constela la situación, tensión que moviliza mi cuerpo, por un lado, manteniendo la referencia de mí y de la situación.

Al desaparecer la sensación de límite estoy como "desbordado por" la situación que, en realidad, es estar "desbordado hacia" la situación, porque he perdido la distancia interna que implica la referencia de mi presencia, soy tomado por la imagen de la situación que se me impone, sea porque busco ganar o conservar, o porque temo perder. Es, entonces, al perder sensación de límite, como si mi mundo interno se impusiera al externo por superposición hasta desplazarlo, confundiendo las imágenes hasta dejar de relevar los datos situacionales. Es la conciencia emocionada que forma un solo bloque de sensación con el sujeto y su circunstancia, que deja de ser "circun-" (alrededor) para ser in-stancia (estar-en).

La conciencia baja su nivel de marcha, el paisaje se configura como ensueño e induce respuestas propias del nivel de semisueño.

Si esto acontece en una situación cotidiana, provoca ruido en el funcionamiento del nivel de vigilia que se supone tendría que estar prevaleciendo.

En vigilia, la sensación del límite del cuerpo opera como un filtro que da señal constante de nuestra actividad en el mundo, provocando el flujo de realimentación que genera la sensación de "yo", de algo-que-está-aquí siempre.

Así, la superficie del cuerpo se vive como una zona de fricción con el mundo y yo mismo soy resultado de esa fricción.

Esa superficie recibe la energía externo en múltiples formas que son traducidas por los sentidos a señales homogéneas que luego la conciencia, mediante la formación de imágenes, transforma en impulsos específicos según la respuesta que van a activar, volcando energía al mundo.

Uno recibe una masa de energía variada que transforma en "paquetes" energéticos, las respuestas estructuradas que da, aplicados a los estímulos que selecciona la conciencia. Y en esa imagen del mundo no parece haber más que una suerte de continuo energético. Pero la energía que recibe la superficie del cuerpo no es la misma que se aplica al mundo, generada por el propio cuerpo.

Entonces, también desde el punto de vista energético hay una diferencia: por fuera fluye energía de distintas fuentes, mientras que uno es una de esas fuentes que vierten su energía en el mundo.

El mundo externo, o mejor, dando un paso de abstracción más, la dimensión espacial es referencia para mi actividad.

La búsqueda de los objetos en los paisajes que se presentan imaginariamente como aptos para saciar mi expectativa (que se traduce en un tono corporal tenso, energía que pugna por fluir) se desarrolla en esa dimensión.

En el espacio externo desplazo mi cuerpo en pos de ámbitos que contengan el despliegue de mi actividad mediante la oferta de objetos que sean puntos para la aplicación de mi energía.

Perceptualmente, me muevo en el espacio: después de un paso viene otro y puedo detenerme y volver sobre mis pasos pero, cada vez que doy un paso creo avanzar y al volverme, creo retroceder y si quedo quieto, nada, allí estoy, sin avanzar ni retroceder.

Mas héte aquí que, en todos los casos, he "caído" en otro instante. Si inscribo mis movimientos en una sucesión temporal imaginaria, mi situación transita, no de paso en paso,

sino de instante en instante. Y esto sucede a cada momento, con independencia de lo que hagamos el mundo y yo, juntos o cada uno por su lado (según la vivencia habitual, porque "objetivamente" no somos distintos).

Mi situación (y yo con ella) está inscripta en la sucesión temporal y de ese fluir que supongo en ella, da cuenta no sólo el movimiento externo sino el fluir de mis vivencias.

Porque la sensación de paso del tiempo se produce con la percepción de los cambios externos. En su ausencia, el fluir de las imágenes y estados internos lo sustituye. De modo que, en "realidad", desde el registro de mi propia consistencia, de la consistencia de mis vivencias, no transito por una dimensión espacial, sino que ésta acompaña el fluir temporal brindándole su ámbito a mi cuerpo.

Si invertimos el punto de vista, y asumimos la idea kantiana de las intuiciones "puras", el espacio es la estructura básica de la percepción, tanto externa como interna, sólo que la diferencia entre ambos "espacios" está dada por el peculiar modo de configuración que prestan los sentidos correspondientes.

Así, no transito por el espacio, ni me desplazo por él, sino que mi percepción varía según varía el instante que transcurre. Es más, podríamos afirmar que es el instante el fijo, la referencia constante que me permite apreciar la modificación perceptual que implican los paisajes que se acercan (futuro) y los que se alejan (pasado).

Lo instantáneo es la actividad constante de la conciencia que actualiza la percepción. Por tanto el mundo es lo mutable y el ser que lo anima, lo permanente inmutable. Y le estaríamos dando la razón a Parménides.

Ahora bien, si existir es estar-ante y, en tanto con-sistir, soy un estar-con ¿dónde empieza y dónde termina el existir/consistir y el ser? Porque el ser como ser-determinado, consiste en el existir. ¿Hay un ser indeterminado, no formado? Si lo hay, no es pensable como existente. En todo caso, el ser sólo puede manifestarse/ser aprehendido como existente, como determinado, en tanto que la aprehensión es, para ser tal, apodícticamente formal. Por tanto, sólo podemos aprehender al existente y pre-sentir el ser, sentir su presencia a través y en/por detrás de sus infinitamente variadas manifestaciones, de su existencia.

Porque si bien la mera presencia lo es del fenómeno, de lo que se me aparece a cada instante, la reiteración variada de presencias me deja, a través del registro constante de esas variaciones, la sensación de una presencia constante que se manifiesta a través de esa mutabilidad.

En el último paso de abstracción conocido, la mitología hindú nos reduce al "aliento de Brahma". Si este Universo nuestro actualmente en curso nació de una exhalación de Brahma, y si éste ha de volver a inhalar cuando se cumplan los 310.000.040.000 años del ciclo, quiere decir que somos ese "aliento" en curso y que volveremos a ser inhalados por Brahma.

Pero si Brahma es lo no representable, lo no-cognoscible, aquello que está en todo y que todo está en él, no podemos concebir su "aliento" como resultaría de la representación antropomórfica que parece indicar la metáfora, como aire exhalado del interior de un cuerpo hacia un exterior y viceversa.

Porque si Brahma no tiene forma, no puede ser un cuerpo y, por tanto, sólo podemos quedarnos con un movimiento que se produce desde un adentro hacia un afuera. Pero si no hay forma, no hay límites tampoco, de modo que sólo nos queda un afuerarse de algo que luego se adentrará, pero que no deja de ser sí mismo en ambos movimientos, ya que si no hay forma ni límites, el aliento de Brahma no es *de*, sino que *es* Brahma. Por

tanto, Brahma es algo que se exhala e inhala a sí mismo, que se despliega para volver a replegarse o, como precisa la alegoría del aliento, que se afuera para luego adentrarse. De modo que el ciclo vital consiste en un afuerarse para adentrarse, un aforarse que es formarse, configurarse con una forma o, si se quiere más abstractamente, "vestirse" con la mutabilidad de las apariencias para luego diluirse en la Mismidad.

Buenos Aires, marzo 17 de 2000-marzo 6 de 2005

EL MONO Y EL MANÍ (acerca del acto sin objeto; del objeto sin sujeto y del Objeto que actúa o Sujeto trascendental)

La anécdota del mono y el maní es bien conocida: el mono en una jaula con rejas por las que no puede pasar su puño cerrado pero sí, abierto. Afuera un maní. ¿Cómo hace para comerse el maní? Lo puede agarrar sacando la mano, pero no puede llevárselo a la boca porque su mano no puede volver a entrar cerrada. Es más, para recuperar su mano, tiene que soltar.

Como no me parece interesante escribir-pensar sin dar cuenta de las condiciones en que se piensa, la alegoría del mono con su puño cerrado me vino a la mente por una situación personal. A fin del año pasado pasé por un Taller del Árbol de los estados internos y reflexionando sobre el sector inferior que transitamos tan asiduamente (de la Vitalidad Difusa al Desvío y vuelta a empezar, o más tozudamente todavía, rebotando en el Desvío por la vía de la Mutación), caí en cuenta que yo no quería “subir” solo. Quería ir acompañado. Y en ese estado me debatí hasta que tuve que aceptar las reglas de proceso.

La alegoría del Ouróvoros –la serpiente que “muere” su cola- más bien me parece que es al revés, obedeciendo a la biología serpentina: mudar de piel es generarse a sí misma, de modo que es la misma estructura conciencia-realidad o como fue formulado alguna vez: el mundo es el objeto de la conciencia y la conciencia es el acto del mundo.

Es, también, alegoría de la intencionalidad de la conciencia, de la constancia de la estructura acto-objeto sobre la que se monta la generación de la realidad, la donación de sentido que hace de la masa de estímulos un mundo que es mundo-para-mí.

Esa generación de realidad se monta sobre la tendencia de la conciencia, sobre su esencial estar-tendida-hacia que mantiene su enlace con el mundo que la rodea y al que pertenece como dada-en-él.

Bien que podemos representar esa tendencia como espacial, un estar-tendida-hacia los objetos que la rodean, sin embargo, siendo la conciencia esencialmente tiempo –en tanto la sucesión sólo es posible a través de las diferencias que marcan las vivencias en el curso de su flujo- esa tendencia es un constante ir hacia el futuro, o un constante generar el futuro a través de su actividad.

Porque puede verse a la conciencia como desplazándose en el tiempo hacia el futuro, o puede verse al mundo/futuro siendo generado por la conciencia. Lo que no deja de ser un mero cambio en el punto de vista.

En ese movimiento constante de futurición, la conciencia se mueve hacia algo. Siempre. Algo que puede estar presente o no, en el momento en que se considera su actividad. Pero algo que, en definitiva, está porque va a estar –está en el modo de la expectativa.

Si bien ese no estar puede ser tomado como ausencia de objeto en tanto su representación no está definida como tal (es mera imagen cenestésica de su presencia), la estructura intencional está completa porque ambos polos intencionales –el objetivo y el subjetivo- se cumplen.

Ahora bien, más acá de que por su pertenencia al medio los objetos son independientes de la conciencia en cuanto a su existencia (su estar emplazados o aparecer-ante la conciencia), su constitución como tales se da en la conciencia como puro polo intencional de ésta, donde quedan reducidos al ámbito de la estructura acto-objeto que resulta in-

manente respecto del medio, el mundo de la imagen y la percepción, el mundo estructural y necesariamente interno al cuerpo (por sus mecanismos y no por sus contenidos). Para verlo más concretamente, todo objeto puede reducirse a su sensación, al registro cenestésico del objeto, que opera como contracara del registro cenestésico del acto, y permite adivinar la unidad estructural en tanto registros cenestésicos ambos, porque siendo ambos cenestésicos, se puede concebir que se trata de un solo registro, en tanto experiencia de la conciencia, que soporta ambos fenómenos/referencias: la del objeto y la del sujeto, yo y mi vivencia del objeto.

Es en este ámbito recóndito para nuestra percepción cotidiana donde se “cocina” la posesión. Es en esa férrea ligazón entre acto y objeto que se monta la posesión como hábito de conciencia. Porque, investida de todos sus “accesorios”, de la materia sensible, perceptual, la conciencia es hambre de mundo, de cosa, de objeto, a partir de la función de compensación que cumple en la más elemental tarea psíquica de mantener el equilibrio con el medio.

De modo que la conciencia busca/necesita al objeto y éste a aquélla, porque ninguno de ellos se “realiza” si no es en la estructura intencional que les da vida. Realización que nunca se completa para la conciencia porque siempre trabaja con más de lo que el objeto estimula/pide/necesita.

No todo en la conciencia termina de realizarse/cumplirse/acabarse porque las formas que produce no dan abasto con la masa de impulsos que presiona por formalizarse.

Y así, la conciencia busca permanentemente nuevos objetos para completarse, para saciar su anhelo de estabilidad, del equilibrio que sólo puede darle -ilusoriamente- la forma acabada.

Así, yo soy el objeto que busco/me estimula. Le doy existencia con mi quererlo y él me afirma con su estimulación, porque me hace sentir, me activa, me hace ser, aunque en la intensidad de su estimulación quede reducido a ser él, porque yo desaparezco en la fuerza de las sensaciones que brotan en mí dándome señal del objeto.

En estado espontáneo, en la alterada dinámica casi normal de las conciencias actuales, el mundo se presenta avasallante, devorando sujetos, absorbiéndolos a través de la identificación, consumiéndolos antes de que puedan darse cuenta qué son, qué sentido tiene su vida, qué dirección.

Los objetos quedan sin sujetos porque éstos no pueden separarse de esa dinámica aniquiladora, condicionados como están, por la posesión que los anima.

La comprensión de la situación como una estructura, y de la inutilidad del objeto por sí mismo sino en función de la situación y del momento de proceso de uno mismo, es lo único que permite romper el encadenamiento del sujeto al objeto.

Asumir la actividad vital como construcción de situaciones y no como carrera detrás de objetos que prometen la felicidad, sumiéndonos en la frustración constante, es el primer paso de la liberación.

Y en esa dirección, la conciencia descubre el horizonte que va consolidando la vivencia de un nuevo ámbito: el interno.

El espacio externo se reduce a una perspectiva, contrapuesto al nuevo ámbito que comienza a perfilarse, el interno. Y por ese camino se comienza a vislumbrar otro plano. El plano de lo posible, de lo no condicionado, de lo condicionante.

Un plano que se plantea por sí mismo como Objeto, pero de nuevo tipo, no puntual, no focalizado, que demanda la amplitud de la mirada interna para poder abarcarlo. Y que

se plantea como Objeto en tanto aparece como en el otro extremo en que se emplaza el observador, el yo menguante que se asoma al umbral interno.

Ámbito que comienza a determinar la vivencia, modificando el estado interno y orientando a la conciencia en una nueva dirección, hacia un Sí mismo que es sí misma, aún cuando se presente externo a ella.

Objeto/Ámbito que va tomando/reconfigurando la conciencia hasta actuar por sí mismo, modificando los parámetros habituales de trabajo, dando lugar al surgimiento del Sujeto trascendental.

Buenos Aires, abril 22 de 2005

LA CONCIENCIA: ¿apertura o trampa? (puliendo la conexión)

Estas notas las dedico a las mellizas Montemurro y Pedro Pablo, con quienes compartimos la exploración de este problema. Pueden resultar aburridas desde el principio, para quienes creen que lo racional ha devenido obsoleto. Pueden, entonces, acudir a la parte práctica que está al final y ahorrarse el fárrago de descripción y teorización que despacho a continuación.

“Puedo tomar por real lo que veo despierto y sin ensueño.” (La Mirada Interna, VI.2)

Consideraciones teóricas

El repaso de la experiencia que hice (que hicimos tantos) en nuestros tanteos de la experiencia interna, me parece útil para despejar creencias, apoyos y representaciones fijadas de tipo ideológico.

Aparte de mí (ese que habla encabezando sus frases con el pronombre de primera persona que conocemos como “yo”), no encontré otro actor (sujeto) de mi vida. De modo que tomo esas expresiones habituales con que nos desdoblamos (“el yo”, “mi conciencia”, “mi mecanicidad”, “mi intencionalidad”, “mi inconciente”, “mi subconsciente”, etc.) como intentos insuficientes de explicación de mi comportamiento que, a veces, utilicé como intentos poco elegantes de justificación o de evasión de mi responsabilidad.

El aparato psíquico o psiquismo, incluida “mi” conciencia, funciona sólo en 3ª. persona y dentro de un contexto teórico, que es lo mismo decir que en la realidad no la puedo ver funcionar.

Todo lo que ocurre en mi ámbito interno (cuerpo incluido) me es imputable, sea por acción o por omisión.

Elijo lo que hago porque decidí hacerlo y también, lo que hice actuando bajo compulsión.

La concepción mecánica de la conducta que se deriva de las antiguas enseñanzas de Gurjieff y Ouspensky son útiles desde el punto de vista teórico para comprender la fragmentación de la personalidad en roles incoherentes (fundados en sistemas de ideación no integrados) y nuestra estructura psicofísica como eso: una estructura, un sistema que puede ser asimilado a una máquina si lo miramos DESDE AFUERA.

Tener esa vivencia de mí mismo, puede ayudarme a comprender y asumir la necesidad de desarrollar mi unidad interna.

Pero DESDE ADENTRO, desde el mirador exclusivo de mi fuero interno, donde la dinámica se describe con frases que comienzan con “yo...”, TODO me es imputable. Si no lo hago, dejo que pase.

Desde luego que esta imputabilidad no es de tipo jurídico ni culpógena. No se trata de asumir el pecado. La responsabilidad no tiene el sentido de responder por las consecuencias de mis actos, cosa que mucho interesa a la concepción judeocristiana con su espíritu policial, sino que significa la habilidad para dar respuesta. Soy responsable porque tengo la habilidad de responder. Que dé respuestas ineficientes es otra cosa. Que no estén pensadas, evaluadas, sopesadas, es otra historia. Ser responsable significa que tengo habilidad para responder y esa habilidad la puedo trabajar.

La concepción mecanicista del comportamiento sirve también para describir la situación de ajenidad que me puede producir mi conducta por abrupta o compulsiva. Pero, en

tanto se trata de una respuesta que sale de mí, es mía y se trata no de responder por sus consecuencias, sino de comprender cómo se produjo en mí para poder evitarla o mejorarla.

De modo que, en el ámbito de mi conciencia, esto es, dentro de mi rango de percepción, todo lo que percibo de mí, es mío y soy responsable de eso. Y responsabilidad, repito, se entiende como "habilidad para responder", de modo que eso es una respuesta que doy, por un lado, y por otro, un estímulo al que puedo responder, orientando o modificando las nuevas respuestas. Sobre todo, dándole dirección (que es el único modo de modificarlo).

Fuera del ámbito de mi conciencia NO HAY NADA. TODO es posible de ser percibido por ella, si no lo es actualmente, dentro de nuestro nivel de organización de la materia, por así decirlo, en este "rango" de mundo comprendido según los parámetros materiales que nos sirven de referencia corporal. Porque, en principio y dentro del rango de normalidad que considero, quedan fuera del campo de conciencia los otros niveles de organización (a escala cuántica, atómica, estelar, galáctica, etc.), aunque teóricamente sepamos que existen.

Los fenómenos de estos niveles son mecánicos ya que, en principio, son ajenos a nuestra intención. Aunque sabemos que podemos actuar sobre ellos indirectamente (caso de la relación emoción/vegetativa).

Así, me he encontrado diciendo que "mi" conciencia hace tal o cual cosa, como si ella no tuviera que ver conmigo, como si fuera algo escindido de mí. A veces más importante que yo, otras, más tenebrosa.

Cuando hablamos de que "la" conciencia hace algo, estamos en un nivel teórico de explicación de los fenómenos y no en la descripción de nuestras vivencias. La conciencia, en tanto aparato psíquico, no es "mi" conciencia, sino la teoría que explica el funcionamiento psíquico y me permite entender cómo se estructuran mis vivencias. Me encontré con que tampoco puedo describir mis vivencias como "actos de conciencia".

Descorramos otro velo: mis "actos de conciencia" no son descriptibles porque no los percibo. Lo único que percibo es la actividad de mi atención: mis mecanismos de reversibilidad. Tratar de "filiar un acto" me ha sido útil puesto que el concepto impone precisión a la mirada, facilitándole discriminar el movimiento atencional y "fotografiando" mi actividad interna. Que eso es filiar un acto: mirar la dinámica interna, discriminar o diferenciar lo que en la vivencia se da "del lado del sujeto" (lo que me es imputable como propio), y fijar lo que observo en una representación que produce una suerte de detención de la dinámica, que en la práctica no se da.

También me encontré con que no puedo registrar "la intencionalidad", menos aún que mi conciencia, porque es una abstracción pura (la "esencia" de la conciencia) que permite entender el enlace constante del acto con el objeto, de todos los actos posibles con todos los objetos posibles, que en la práctica se da en CADA intención, que es lo que puedo "percibir". Entre comillas, porque es lo mismo que filiar un acto.

En estos casos, cuando "apreso" el acto o la intención, estoy deslindando en la vivencia una masa de sensaciones internas que corresponden a lo que en el fenómeno se da de mi lado. Esto no es difícil, porque "lo mío" se presenta como tal, o como de mi cuerpo, o del lado del observador si es un fenómeno interno.

Vayamos entrando en tema. La clave de nuestra dinámica aparece en la frase: "No es que se "hayan depurado las puertas de la percepción", sino que se ha modificado la re-

presentación que acompaña a la percepción” (Psicología III). Lo que nos interesa, porque en ella radica el problema (cualquiera de ellos), es la representación que acompaña a la percepción.

Sabemos que nuestro Trabajo ha pivotado en despejar la referencia que nos aporta la percepción de toda contaminación ensoñativa. Ese trabajo es el camino de apertura de la conciencia al mundo. Hacia lo que habitualmente se entiende como lo que nos rodea. Porque dentro nuestro sólo hay imágenes, recordadas, imaginadas, pero siempre imágenes, representaciones. Por tanto, dependientes de mi intención (“En la percepción, los cuerpos se desplazan o permanecen en un punto dado, independientemente de las operaciones mentales del observador”, Autoliberación, Prácticas de Transferencia, Lecc. 1, 4. Espacio de representación)

Pero ¿es esto así?

La percepción externa aporta referencias estables, los objetos que se me presentan como emplazados en el mundo externo están ahí y, salvo que yo (u otro) haga algo con ellos, no modifican su posición espacial. Pero esos objetos no son totalmente independientes de nuestras operaciones mentales.

Por un lado, hay distintos “objetos”: las cosas no dependen de nuestras operaciones mentales. Pero están los otros seres humanos (tan objeto para la conciencia como las cosas), que pueden abalanzársenos o huir de nosotros (por poner casos extremos), según sea el estado de ánimo que trasluzca en nosotros. Pero se trata, sin duda, el de lo humano, de un caso especial que dejamos de lado.

Se dijo que “en la percepción” las cosas son independientes de las operaciones mentales del observador. Y ahí se está poniendo una condición necesaria, porque la percepción, en este caso, se supone que es externa y que el nivel de trabajo en que se configura es el vigílico. Distinto será el caso de la percepción en semisueño, donde la percepción de las cosas puede verse fuertemente distorsionada.

Si las cosas son independientes de las operaciones mentales en la percepción, los fenómenos internos no lo son. Y ahí tenemos la diferencia básica entre percepción y representación: lo percibido no depende de mis operaciones mentales; lo representado, sí.

De modo que, en la dinámica interna, las imágenes pueden activarse o frenarse según mi intención. Y eso dependerá de mi nivel de actividad. A mayor sensación de presencia de mí, menor peso de la imagen.

Entre las imágenes y yo (que es lo mismo que decir la sensación de mí o mi presencia interna) hay una relación inversamente proporcional: se trata de “ellas o yo”. Si ellas “son”, yo no. Si yo soy, ellas no. Y aquí tomo el ser en el único sentido posible para lo vivo: como dinámica, actividad, flujo. Mi ser es actividad, dinámica viviente.

¿Verdad que suena coherente lo que digo? Pues no lo es. Al plantear la alternativa “mis imágenes o yo”, planteo una falsa alternativa desde un punto de vista externo, como si pudiera ver-me frente a mis imágenes. Pero sucede que mis imágenes y yo no somos un fenómeno distinto, visto desde afuera. Esa extrapolación teórica es útil para formarnos una representación aproximada de cómo es la cosa, pero no es así en la dinámica vivencial.

La alternativa es entre mis contenidos de conciencia y yo. Más aún, entre lo representado y yo. Más claro todavía: entre la imagen de mi tío y yo. Porque mis contenidos de conciencia no son representaciones para mí que las estoy viendo, sino que son lo que representan, cuando se activan: mi tío es mi tío con sus gestos, su voz, etc. Si no se acti-

van, su ser es el ser de la representación, no el que indica su identidad: mi tío no es mi tío sino la imagen de mi tío. Donde el ser imagen o representación prima sobre lo representado, porque sé que no es mi tío mientras que cuando la imagen de mi tío se activa, dependiendo de la identificación que logre y el “vuelo” que cobre el argumento, puedo sentir que es mi tío y olvidarme no sólo de que estoy imaginando, sino de que estoy. Mi presencia desaparece como sensación autónoma, diferenciada de lo que estoy viendo, como cuando estoy en un cine o viendo televisión. La monotonía de las señales del cuerpo hace que las sensaciones que me propone el argumento imaginario predomine y dejo de sentir el cuerpo.

De modo que, cuando las imágenes se activan, no veo que sean ellas las que se activan, sino sus contenidos, lo que representan. Los contenidos “cobran vida” y se mueven según sus reglas, según lo que indican las relaciones y las posibilidades argumentales contenidas en su identidad, que es lo que hacen que sean lo que son.

Así, podemos observar que la vida pasa por un solo lado de esta estructura: yo (observador)-contenido representado. O pasa por el sujeto (yo) o por el objeto (lo representado). Si yo me muevo mientras estoy imaginando, rompo el “encantamiento” y esos seres imaginarios se convierten en títeres que se mueven según pienso (porque se activa “la calculadora”, lo que llamamos pensamiento racional) para seguir su conversión hasta quedar como muñecos inertes que comienzan a desvanecerse.

Y este moverme tendrá que ser una operación mental, un movimiento atencional y deliberado, porque mover el cuerpo puedo mientras imagino, para acomodarlo, por ejemplo, sin que se rompa “el hechizo”.

Moverse aquí es, mínimamente, atender o atender a mi atención. Con lo que se activa “este lado” de la estructura, lo que conocemos como el observador y eso resta energía a la dinámica imaginaria. Porque es la atención la que porta la energía necesaria para la actividad interna.

De modo que, si quiero “dar vida” a mis seres imaginarios, tengo que ponerme en situación de vivirlos, de dejar que mi sensibilidad sea tomada por ellos. Cuando yo retomo mi sensibilidad porque la dirijo a otro lado, o porque algún estímulo más fuerte la toma, desactivo la dinámica imaginaria. La del contenido imaginado, porque la imaginación puede continuar con sus cadenas asociativas, en torno al nuevo estímulo, por ejemplo.

La clave para vivir las situaciones imaginarias, entonces, es dejarme sentir las, lo que, como objetos que son, para ellas es su única posibilidad de ser. Lo que tengo que hacer es disponer mi sensibilidad, poner el foco en ellas y dejarme sentir lo que proponen.

Podemos recapitular y sintetizar: lo que percibo actúa sobre mí, con independencia relativa de mi voluntad. Digo relativa porque con la representación puedo modificar mi sensibilidad desconectándola del influjo del objeto, pero no puedo borrar su presencia, su existencia. Si quiero hacerlo, puedo eliminarlo como estímulo pero tengo que desactivar mis sentidos (cerrar los ojos, por caso), o llevarme los sentidos a otro lado, es decir, irme. Pero el objeto seguirá ahí donde lo dejé.

Esta independencia de mis operaciones mentales es la característica más relevante de lo real. Lo que es real me estimula con independencia de mi voluntad, afecta mi sensibilidad con distinta intensidad (según lo que haga con ella). Lo real, “ahí está”.

En esto me puedo apoyar para distinguir lo imaginario de lo real: ambos afectan mi sensibilidad, a ambos los vivo. Pero lo imaginario puede desaparecer, si quiero.

Dentro de la dinámica de mis estados de ánimo, esto es una petición de principio porque, si bien puedo lograr borrar la imagen visual, puede ser difícil librarme del estado de ánimo que le está asociado. Pero lo cierto es que, en condiciones de libertad interna puedo liberarme del contenido imaginado.

Si recuperamos el tono vivencial que usé más arriba, real es aquello cuya presencia es independiente de mí. Como los contenidos imaginados pueden tener calidad de presencia, puedo precisar la presencia en el sentido de permanecer: variando las condiciones de la experiencia dentro de los rangos que hacen posible la presencia del objeto, éste permanece. Puedo cerrar los ojos y el objeto sigue ahí, si puedo tocarlo u oírlo, verificando su presencia sin necesidad de abrir los ojos.

Se podría decir que en ciertas situaciones internas hay contenidos imaginarios que permanecen, están como fijados. Ciertamente, pero puedo modificar sus "anclajes" (las condiciones emotivas o de tensión interna) y lo "libero", desaparece.

Cuando vivo algo, puedo estar abierto o cerrarme. Pero, por lo general, en el momento inicial, cuando mi percepción me presenta el objeto brindándome su información (aún cuando el objeto me sea familiar), me siento abierto. Mi sensibilidad registra espontáneamente. Después, casi inmediatamente a veces, vendrá la representación a devolverme al circuito habitual de mis vivencias. Entonces, incorporo el objeto a mi mundo.

En ese momento de apertura está el objeto ahí, y me afecta, lo vivo, registro su presencia con intensidad. Y la duración de esa vivencia dependerá de lo que haga con mi representación. (O de lo que mis representaciones hagan conmigo).

Que yo me abra o me cierre no quiere decir que la conciencia esté abierta o cerrada. Porque yo puedo elegir entre percibir el objeto, "limpiando" mi mirada, o manipularlo internamente. Pero la conciencia trabaja de otro modo.

La conciencia es siempre conciencia-de, siempre tiene un correlato intencional, un contenido o su pre-sentimiento, la vaga sensación de su presencia anticipada.

La conciencia está, por función (esencia), tendida hacia el futuro. No puede ser de otro modo, porque es temporal. Es el mecanismo mismo del fluir de nuestro ser; es lo que "tracciona" nuestro ser desde el futuro. Esto, desde el punto de vista de la dinámica del fluir.

Pero, desde el punto de vista de la dinámica de las formas, todo surge ya formado en la conciencia. Cuando el objeto aparece en la conciencia, aún pre-sentido, ya hay una formalización del mismo. Y esa forma la aporta la memoria. De modo que la conciencia, en su mecanicidad, pone el pasado en el futuro.

A cada momento, en cada situación que vivimos, actualizamos el pasado. Nuestro margen de creación en lo que vivimos es mínimo y aún ese mínimo, surge del pasado porque las formas que pone la conciencia al constituir la situación, aunque unas las viva como nuevas, vienen del pasado.

Esto, en términos de la dinámica de conciencia, esto es, en términos teóricos, porque no es lo que vivimos. Cuando pruebo una comida nueva, es nueva para mí y lo vivo así, aún cuando pueda reconocer los sabores por separado o asociarla a otras comidas.

La creación existe en el nivel de la vivencia, no en términos de las formas que almacena mi memoria y organiza la conciencia.

Así, podemos entender la apertura de la conciencia en dos sentidos:

1) vivencial: en tanto “el yo” no se abre o cierra, pero sí me abro o cierro yo, como vivencia de despejar mi ámbito interno de contenidos imaginados o climas que pudiera tener presentes por inercia de otras situaciones, no es inadecuado decir que abro o cierro “mi” conciencia refiriéndome al campo de conciencia o perceptual;

2) el rango perceptual: aún cuando despeje mi percepción y ponga mi sensibilidad “a disposición” del objeto, ésta sigue trabajando dentro de rangos normales, entendiendo por tales los límites que ponen el nivel vigílico y los objetos del mundo (que yo los vivo como distintos, pero en definitiva son la misma cosa).

El rango perceptual vigílico se reproduce en los contenidos imaginados en tanto dure la inercia del nivel vigílico. Dicho de otra manera, lo imaginado reproduce lo percibido mientras se mantenga la inercia del nivel vigílico. A medida que baja el nivel de trabajo de la conciencia, las formas de los contenidos varían, tendiendo a la libertad formal que impera en el sueño (lo alegórico). Esto es, se desprenden de los condicionamientos situaciones externos.

De todos modos y aún dentro del ámbito de influencia de esa libertad alegórica, las formas son reconocibles, por tanto, conocidas. La memoria opera aportando las formas con que la conciencia organiza sus contenidos.

Desde este punto de vista no hay apertura de la conciencia ya que sigue operando dentro de los límites formales que le impone su experiencia pasada.

Recalco: su experiencia pasada.

Porque yo puedo orientar mi experiencia en el sentido de la superación de las limitaciones que impone mi memoria, que guarda lo que viví.

Y lo que viví está determinado, normalmente, por mi nivel vigílico y las situaciones que vivo en el mundo. Entonces, lo habitual será que me encuentre, espontáneamente, con LO MISMO.

Ahora bien, toda esa experiencia me es muy útil:

1) para tener en cuenta de qué se trata cuando me encuentre con formas conocidas, ya que esta circunstancia me estará indicando por dónde ando: no he superado mi “circuito” habitual posible;

2) por tanto, puedo orientarme en otra dirección.

El tema es ¿cuál?

Es obvio que ya me enfrento con la experiencia interna, que es lo que nos interesa.

De todo lo dicho, dos cosas reitero porque son mi referencia constante:

1) tengo por real lo que vivo, aquello que mueve mi sensibilidad;

2) lo real es y opera como tal, porque me pongo en disposición de percibirlo “limpiamente”.

Al decir que la conciencia siempre es conciencia-de, no sólo implica que SIEMPRE hay algo en la conciencia sino que, desde otro punto de vista, la conciencia siempre PONE algo. Aunque más no sea la vaga sensación del objeto que me orienta en la búsqueda.

Cuando mi conciencia pone lo real, lo que percibo fuera de mi cuerpo, no tengo dudas de su existencia. Se podrá objetar que siendo real, no se puede tener dudas. No obstante está puesto por la conciencia.

Esto se hace más claro en lo que hace al valor del objeto, que se suele ver que cambia (una cosa es agradable a la noche, pero no por la mañana), y gracias a esa variación, se

puede asumir que uno cree cosas del objeto, pero la existencia del objeto en sí no es creencia sino realidad, en esa actitud.

Aquello que creo es parte del mundo que siento como imaginario, por tanto, en tanto es creído, no es real. Para mí, espontáneamente, lo imaginario depende de mí, por tanto ¿cómo podría ser real?

Pero, al variar el nivel de conciencia, aquello que siento como real se distorsiona y su misma realidad se vuelve dudosa en la vivencia, por la interferencia de las formas propias de los contenidos en semisueño.

Por tanto, puedo concluir que la realidad no es una cualidad del objeto sino una característica de la vivencia en que se constituye el objeto, dentro de un marco formal determinado por el nivel de trabajo de la conciencia.

En pocas palabras, cuando la mirada está limpia se presenta lo real, aquello que no deja dudas y permanece.

La mirada limpia se da en los estados atentos de conciencia, y se enturbia en los alterados.

Va de suyo que en los estados atentos prima el control de mi atención y en los alterados, no. Pero puedo normalizar la alteración mediante la atención. Es el rebalanceo energético que se produce en el pasaje del estado alterado al atento, lo que acumula la energía necesaria para elevar mi nivel de conciencia. Elevar mi nivel de conciencia es modificar mi estado: atendiendo acumulo energía y puedo pasar al nivel superior.

Y aquí termino esta abigarrada y aparentemente compleja descripción de la dinámica de conciencia, más bien teórica y, por tanto, aburrida. Vayamos a lo práctico.

Cuestiones prácticas

Cuando imagino la esfera, esta actividad va acompañada por una actividad de reorientación a través del sentido interno, que me da cuenta de que, efectivamente, estoy imaginando.

Por tanto, si estoy imaginando, la esfera es imaginaria, lo que quiere decir que NO ES REAL.

Si la esfera no es real ¿qué me puede hacer? Poco o nada. Si presentara la foto de un ser querido o temido, seguro que algo me pasa, porque se que algo me pasa cuando imagino así. Pero ¿una esfera? Más o menos así, habla "mi cabeza". Más clara o más veladamente, esto es lo que me digo al imaginar la esfera.

Primer problema, entonces: no me creo la esfera porque no es real. Este problema, no tiene solución lógica. Por más que lo piense, quedo encerrado en un círculo vicioso que lo único que hace es reafirmar que la esfera, por imaginaria, no es real.

Imaginar la esfera es necesario para poder emplazarme internamente en el trabajo con la Fuerza. Para eso, necesito que la esfera "esté ahí". Pero como no es real...

Ahora bien. Acabo de cerrar los ojos, dejo de percibir lo externo, tomo distancia de la situación en que estaba para conectar con mi fuero interno. Allí sólo hay imágenes y sensaciones, en definitiva, todo es imágenes confusas, imprecisas, reminiscencias perceptuales. Todo un medio en el que me he sumergido y trato de acomodar mi mirada.

Lo he ordenado un poco, aquietado mediante la relajación y allí estoy, todavía en la penumbra.

Imaginar la esfera es el primer movimiento. UNA VEZ IMAGINADA, la esfera ESTÁ AHÍ. Una vez que la imaginé es como si la hubiera puesto ahí. Puesta ahí, en un segun-

do momento, la esfera está ahí. Por tanto, puedo ATENDER a la esfera. La esfera ya no es una imagen, sino que es la esfera que está ahí. Puede ser objeto de mi atención. Yo puse esa esfera, pero ese momento ya pasó. Ahora puedo tomarla como que está ahí porque allí estaba, puedo desconectar el dato de haberla imaginado. Como está ahí, puedo sentir su presencia, por ejemplo, cómo se va acercando a mi cabeza.

Puedo SENTIR cómo entra. No es la imagen visual la que entra, sino la sensación cenestésica de que ALGO entra a mi cabeza, acompañando a la imagen visual. Para sentirla, igual que si estuviera viendo algo con mis ojos abiertos, tengo que ATENDER a la esfera.

Si atiendo a la esfera, si la siento, si siento que está ahí, bajando hacia mi corazón, la estoy viviendo. La hago real.

No se trata de hacer atención dirigida a la esfera, sino de atenderla simplemente, como miro el colectivo para saber si es el que quiero tomar; cuando busco las llaves; cuando miro el papel mientras escribo. Es el atender simple que me relaciona, me conecta con lo que percibo. Es, simplemente, percibir.

En el caso, elijo entre objetos que se me presentan en igual constitución (imaginaria) con igual aptitud de tomar mi atención y, con ella, la energía necesaria para “cobrar vida” y disparar el argumento que portan. Atender es seleccionar lo que quiero percibir, aquello que quiero que actúe por sí mismo.

Si me cabe duda sobre la realidad de la esfera, la devuelvo donde la encontré y la dejo que haga sola lo que quiera. Y ella, sabrá qué hacer, y sus movimientos, sus colores (si los tuviere), su opacidad o transparencia, su textura, serán indicadores para mí, tendrán sentido si los se leer o tengo paciencia para captarlo.

Si atiendo a la esfera, llevándola u orientándola, esto es, dándole dirección a sus movimientos pero dejándola moverse a su ritmo, me será más fácil cumplir la indicación “atiende a la sensación expansiva dentro de tu pecho” y sus concomitancias, y las sensaciones que produzca serán claras y distintas, intensas.

Para que la experiencia de Paz y el trabajo con la Fuerza puedan operar sobre mí, la esfera tiene que tener realidad. Y para ser real, tengo que atender. No a las sensaciones que se producen en mi cuerpo sino A LA ESFERA. La intensidad y dinámica de las sensaciones es directamente proporcional a la atención a la sensación de la esfera: a mayor sensación de la esfera, los registros de Luz y de Fuerza serán más intensos. Que es lo mismo que decir que es inversamente proporcional a la atención al cuerpo: cuanto más atiendo las sensaciones del cuerpo, menos intensos y más huidizos serán los registros que nos interesan.

La esfera es una forma. Sostenerla desde el corazón es un esfuerzo, si se quiere, “formalizador”. Lleva la actividad de la conciencia a un límite; chupa la energía de las divagaciones que se disparan espontáneamente y las absorbe; cumple con esa necesidad de la conciencia de poner lo conocido. Y lo pone con fuerza porque armar la esfera desde adentro requiere de todo nuestro ser, de toda nuestra atención. Y en ese esfuerzo se produce un vacío (de formas, claro) necesario para que se manifieste aquello que no cabe en las formas conocidas, que no puede ser vehiculizado mediante la traducción de las mismas.

Cuando transito el camino de la esfera una y otra vez, se repiten las sensaciones. Y también, se renuevan. Esto depende de la atención que ponga en “limpiar la mirada” que, en este punto, es una sensación interna. Sensaciones que al principio me fueron nuevas

y desconocidas, con el tiempo se hacen familiares. Lo que es más problemático, más gratas. Entonces, busco producirlas y me quedo conforme cuando las obtengo.

La conciencia funciona como lo hace normalmente: traduce impulsos y pone imágenes. Esas imágenes me toman o me distraen o atraen mi atención por ser aparentemente interesantes. Porque se me afloja tal cual tensión, porque siento tal o cual cosa en el dedo gordo del pie o en la punta de la nariz.

La conciencia, para recuperarse de la inestabilidad que le produce el vaciarse de formas, lanza imágenes de lo conocido. Ahí está la trampa. Algunas imágenes pueden tener un interés especial... y me pongo a roer el hueso, me adormezco con la panza llena y olvido del collar y la soga.

En cambio, si mantengo la atención disparada en todas direcciones simultáneamente (si intento que sea así), sosteniendo las paredes de la esfera desde el corazón, el interior de la esfera se vacía de formas y ese vacío produce el llenado de aquello que estaba afuera de la esfera que contiene a mi cuerpo. Y éste ha quedado reducido a una sensación cenestésica difuminada.

Entonces, llegan nuevas sensaciones y, por primera vez, podré decir que mi conciencia se ha abierto al Mundo. Aunque más no fuera por un instante que me habrá conectado con la eternidad, dentro de un espacio aparentemente confinado que me habrá transportado al infinito.

Buenos Aires, enero 16 de 2006

LA RESPIRACIÓN, EL PUNTO DE VISTA Y LA IMAGEN DE SÍ: LA REVERSIÓN DE LA MIRADA

(Esto es muy loco. Empezó por una divagata reflexiva sobre la relación entre pensamiento y respiración, que es inversamente proporcional: a mayor intensidad de la respiración –atención– menor fuerza en el pensar, y lo útil que es. También apunté ahí que ese momento, el respirar deliberadamente, era una internalización del punto de vista por el fuerte registro interno de presencia, o sea que la mirada pasa de externa a interna. Esto era nomás, pero siempre me sale que hay que explicar “un poco más”. Por supuesto, con lo dicho se pueden ahorrar el resto ¿Tengo que pedir disculpas? Yo me entretengo. De todos modos, planteo una “pista rápida” dada por la descripción inicial que me salió en el manuscrito, y que se complicó al digitalizarlo. De modo que pueden leer de corrido sólo lo que está en letra grande).

La mirada es lo que resulta del mirar. (Esto es una cita de Perogrullo en una carta inédita a Juan el Preguntón).

El mirar genera (y regenera) constantemente el paisaje.

Y el paisaje, sabemos, es la mirada. Porque mirada y paisaje son una estructura.

En términos clásicos, el paisaje es el “polo objetal” del acto de conciencia, lo que “está arrojado ahí” delante del sujeto, es que “yace debajo” (o detrás) de eso que está ahí. Para esta explicación descriptiva que surge de los términos, el marco de referencia es la vivencia (teórica) del acto de conocimiento.

Ese polo objetal es el lugar teórico donde ubicamos al objeto en la abstracción, que es la mirada en tanto situación externa. Clásicamente, objeto es lo perceptual, lo que está afuera del cuerpo. En el esquema clásico de la teoría del conocimiento, del sujeto lo único que se rescataba era la figura para que sirva de referencia frente al objeto. Después de Husserl, la figura empezó a llenarse, el sujeto fue puesto en cuestión por el siglo XX.

Así que esa figurita que se usaba para representar gráficamente el conocimiento como relación entre un sujeto y “su” objeto, es la graficación de conceptos teóricos, un intento de concreción, de hacer perceptible lo imperceptible: lo conceptual en tanto abstracción. Y el conocimiento era la rayita que se trazaba entre el dibujo del objeto y el del sujeto (clásicamente una cabeza o un ojo, detalle muy significativo que revela qué tenía en cuenta el que graficaba).

Pero la cosa se complica cuando el objeto no está afuera (obra de Brentano y los psicólogos experimentales del siglo XIX) sino que “aparece”, supuestamente, en el adentro, como una actividad de conciencia, que es la que constituye el objeto.

Y entonces, el objeto pasa a ser reducido a polo objetal o correlato intencional. Husserl, que como buen alemán manejaba la abstracción con mucha precisión, borró las figuritas y dejó sólo la rayita que representaba al conocimiento. Y en esa rayita metió los dos polos: polo subjetivo y polo objetal. Entonces, en “realidad”, en una realidad a la que se llegaba por abstracción, sólo había una sola cosa: la estructura intencional, con dos polos. Y uno de esos polos podía estar vacío, así que, en la intencionalidad, del objeto sólo queda su sombra o su anuncio: el correlato intencional. Aquello que se co-relaciona sin excepción con el polo subjetivo, que puede estar materialmente vacío o sea, no tener datos perceptuales que definan el objeto. En suma, que el objeto no está en la percepción pero sí en la intención. Como mera posibilidad.

Esta ausencia de objeto, desde el punto de vista abstracto, no ofrece dificultad porque, en definitiva, en la abstracción no hay nada más que representaciones conceptuales. Pero desde el punto de vista práctico se concreta, sabemos, en el acto de búsqueda don-

de si bien puede haber ausencia de datos de sentidos externos, no la hay de sentidos internos. Siempre que busco lo hago guiado por una sensación interna de lo que busco.

Sirva esta digresión para darle una vuelta al difícil tema de la intencionalidad.

Recapitulando, el paisaje (objeto) es lo externo. Y la mirada es lo que de mí hay en la vivencia del paisaje. Todo objeto se presenta en situación. Y ese presentarse, tomando el curso del flujo dinámico de la conciencia, el momento que vivo y queda referido a la presencia del objeto, es una vivencia. Una unidad abstracta de curso vital, la *erlebnis* husserliana. El objeto se presenta envuelto en la situación, y esa situación se integra – principalmente- con mi contexto, con lo que en mí hay en copresencia.

Ese paisaje interno que determina el filtro de mi mirada, no es la mirada. La mirada es lo que de mí hay (el modo de organizar el paisaje) en la vivencia. Ese modo de organizar filtra lo percibido y lo hace distinto para mí y para otros.

Ese filtro resulta, se nutre de mi paisaje interno, pero no es ese paisaje. Paisaje siempre refiere a objeto, a eso que se me presenta ante la mirada. Así que el filtro también estará actuando cuando mire (siempre escorzadamente, desde una perspectiva determinada) mi paisaje interno. Filtro, en cambio, es lo que está entre el objeto y yo, que hace que el objeto, eso que miro, sea como es, que lo viva como lo vivo, que lo sienta como lo siento. Es el resultado de la influencia de mi paisaje interno en la configuración del externo. Y por eso, son uno solo. Podría decir que, sin embargo, puedo enfocar mi paisaje interno con los ojos cerrados, y describirlo. Sí, correcto. Pero entonces, actúa como filtro mi experiencia perceptual externa, que estará configurando los objetos según la matriz de sentidos internos. Y esa matriz seguirá actuando no importa el nivel de conciencia, siempre que se trate de alegorías. Distinto es cuando se trata de figuras geométricas. Pero es harina de otro costal.

De modo que la mirada es lo que de mí hay en el paisaje, lo que se configura como percibido de mi actividad de mirar. Miro y me percibo mirando. El resultado de ese ver-me mirando me da referencia del polo subjetivo del acto de mirar. Pero al ver esa referencia, esa actividad, la estoy objetivando también. De modo que, en tanto abstracción, la mirada es la objetivación del mirar como actividad.

Toda conceptualización de lo perceptual es una detención de la dinámica para abstraer las notas que la caracterizan. Es como sacar una foto y vaciarla de lo perceptual para quedarme con las matrices funcionales, con los temas (en términos alegóricos) o puntos de tensión (en términos simbólicos) que organizan el argumento de la representación.

Y esto se me complica cada vez más, en lugar de simplificarse.

Los clásicos decían que los conceptos abstraen la esencia de las cosas. Para nosotros, esa esencia es la función. Entendida sistémicamente, la posición estructural de una función está determinada por sus relaciones. El ser está siempre determinado, porque sino sería el Ser (universal) que no es nada en particular y que se refiere a todas las cosas, a todos los seres.

Según el nivel de determinación se van generando las categorías (universales, género, especie, individuo), que son notas comunes al universo de casos diversos que abarca cada concepto.

Tenemos entonces que la determinación del ser de algo, que lo identifica, es el conjunto de relaciones. Y la función de algo está determinada por el conjunto de relaciones dentro del sistema. De donde se puede deducir que esencia y función son la misma cosa o, al menos, más perceptible la segunda que la primera, para operar en el mundo.

Si hablamos de nuestro mundo, que es una configuración de conciencia, sabemos que hay temas (los contenidos) relacionados por argumentos. Eso se puede reducir simbólicamente a tensiones entre puntos. Bueno, eso quise decir arriba.

Y si no, mejor seguir y dejar estas oscuridades de la abstracción para más clara oportunidad.

Volviendo a la estructura mirada/paisaje, en el paisaje está todo lo que “me llega” del objeto.

En el mirar está todo lo que capto de mí, mientras vivo el paisaje. Pero no es todo lo que hay. El mirar no es la mirada. El mirar es la actividad que puedo captar. Y la mirada no es el mirar. La mirada es previa al mirar, como filtro que organiza el mirar. Porque el mirar no se da espontáneamente sino determinado por las representaciones que acompañan a la percepción. Pero no puedo mirar la mirada, sino reconocer sus características en el paisaje, que me da la pauta de cómo es mi mirada. Por cómo está organizado, por los valores que muestra, etc.

Al mirar puedo describirlo como actividad mediante la información de sentidos internos que recibo espontáneamente, sin necesidad de buscarla. Basta que la atiende, no más. Viene como realimentación de lo que hago. Son datos motrices y de emplazamiento del cuerpo en el mundo, la información interna del cuerpo que, actualizada a cada instante “está ahí”, como sensación de mi estado de ánimo. Esa información está todo el tiempo copresente. Tan constante es su presencia en mi copresencia que, por ley de saturación de estímulo, pasa desapercibida. Sólo percibo, si las percibo, sus variaciones.

Esto que, como sensación general del intracuerpo, es continuo, es la imagen de mí, la parte de ella que puedo sentir. Porque más claro me resulta como imagen de mí, la que se configura como imagen visual a partir de lo que de mí imagino como visto desde afuera. La imagen que creo que doy, la que creo que los demás captan de mí. Esa imagen que se propone como surgida de una cámara de TV que me sigue.

Esa imagen se forma no sólo con lo que de mí imagino, sino con lo que “leo” en las miradas de los que me miran.

Ambos aspectos de la imagen de sí forman una estructura de imagen, como toda imagen, compuesta por imágenes parciales de todos los sentidos. Como toda imagen, tiene un aspecto “visible” (también audible, olible, gustable o tangible) que puede ser reproducido fácilmente mediante la representación, y el aspecto “sensible” que se presenta acompañándolo internamente. Pero también puede presentarse sólo, sin lo visible, desligado de la imagen visual. Y lo visual, desligado de la sensación interna, como mero recuerdo visual.

El aspecto sensible está siempre como en potencia, a disposición de algún código que lo dispare, configurándolo. O sea, de una imagen precisa. Lo sensible interno se actualiza con la aparición de una imagen, cobra su fisonomía. Mientras tanto, es un trasfondo continuo de sensación. Es, en todo caso, lo que habitualmente siento o puedo sentir.

Ese trasfondo porta mis límites, mis conductas posibles, determinadas por mi identidad (dada por memoria), en tanto aprendidas o habituales.

Este lado sensible de la imagen de sí se integra con las imágenes cenestésicas de cada parte del cuerpo que, emplazándose adecuadamente (en la parte que corresponde), producen el movimiento.

Así, la imagen de sí es la interfase de conexión entre el mundo y el cuerpo.

Sabemos que la imagen dispara la respuesta de centros. Y estos centros movilizan al cuerpo. Las imágenes que se activan para movilizar al cuerpo, son las del cuerpo. Y és-

tas no están desintegradas en distintos casilleros, sino que constituyen una imagen sola, general y difusa, que configura el “doble cuerpo”.

Sabemos que para que haya movimiento tiene que haber imagen trazadora pero, más importante, tiene que haber imagen cenestésica de la (o las) parte/s del cuerpo comprometidas por esa orden. Esto es, tengo que sentir la parte del cuerpo que quiero mover.

La imagen trazadora es la imagen del objeto, configurada en estructura con la imagen cenestésica, funcionando como un código de disparo del movimiento.

Esos códigos de movimiento se almacenan en memoria mientras la “cenestesia” está ahí, latiendo internamente a disposición.

La orden puede quedar en suspenso, inhibiendo el emplazamiento de la imagen cenestésica, pero la zona se sensibiliza. Es lo que puedo registrar como tonicidad hacia el objeto que aparece ahí.

Así, el espacio de representación es el ámbito de disposición, el aspecto de mi dinámica interna considerado espacialmente, donde se habilita la configuración de las trazadoras.

Desde otro punto de vista, es el conjunto de imágenes cenestésicas del intracuerpo en disponibilidad para la activación del cuerpo.

Todo esto se puede sintetizar, desde otro punto de vista, en la presencia de memoria y sentido interno en mi copresencia, como fuentes de la mirada. Desde otro punto de vista, matrices del paisaje interno que configura el filtro con su dinámica.

Esa imagen de sí puede ser visual y presentarse como tal, pero sólo puedo operar sobre el cuerpo si es clara imagen del cuerpo. Moviendo un brazo en ese espejo puedo sentir la sensación cenestésica del movimiento.

Pero no es esto lo que me interesa. Es que esa imagen visual de mí, es una imagen de mí que no se corresponde conmigo. Soy yo visto desde afuera. Visto como veo a los otros, a las cosas.

A esa imagen le falta mi sensación interna, y no se la puedo agregar como mero dato. Porque si pongo en presencia mi sensación interna, esa imagen de mí se debilita al extremo o desaparece. Y hablo de la sensación de presencia, no de las sensaciones internas que me provoca esa imagen.

O la imagen de mí está allí, y me siento aquí, en el cuerpo. O veo las cosas desde afuera o las veo desde adentro. Y eso tiene sus registros. Muy diferentes.

Las cosas vistas desde afuera portan códigos distintos a cuando las siento. Vistas desde afuera están determinadas por mis creencias y mi experiencia pasada. Sentidas (o vistas desde adentro), tengo la experiencia directa y la referencia actual de lo que me pasa con ellas. Que puede haber variado y, por tanto, ser distinto a lo que experimenté antes.

La escena que se configura cuando veo desde afuera, lleva también mi imagen vista desde afuera, aunque no esté claramente presente. El registro del mirar no se presenta en el umbral de la percepción de la situación; el registro del punto de vista no está en el entrecejo en ese caso. Se da entonces, un corrimiento en la configuración de situación que se desvía hacia el tipo de configuración del espacio de representación, que se da en semisueño.

Tomando los extremos, en vigilia veo el mundo desde mi entrecejo, lo vivo desde el límite de mi cuerpo. Yo estoy viviendo la situación. Formo parte de ella. Soy, de alguna manera el ámbito de la situación por estar en el límite, aunque la integro desde la acción. Interactúo con la situación.

En el sueño, mi imagen de mí aparece en la pantalla. Y la observo desde afuera de la pantalla. Miro la situación desde afuera. Puedo hacer modificaciones en la situación como guionista, como un pintor. Por supuesto, mis sentidos externos no están activados.

En semisueño se produce una mezcla. El punto de vista se desplaza hacia adentro, produciendo modificaciones en la modificación del espacio de representación, que queda a disposición de los mecanismos alegorizantes. Pero todavía trabajan los sentidos externos y la percepción está ahí. Pero yo me desconecto de la escena, en una suerte de caer hacia adentro que no llega al fondo que es la posición del observador en el sueño.

Esa reversión del punto de vista, de afuera hacia adentro, la puedo producir mediante la atención, orientando el mirar hacia fuera y reduciendo el umbral de percepción interna. O puedo hacerlo sintiendo mi presencia interna, pero como copresente, como dentro del cuerpo pero sin mirarme. Si me pongo en posición de objeto, debilito mi posición de sujeto y corro el punto de vista del emplazamiento adecuado para la percepción externa.

Si me miro, me convierto en objeto y sólo puedo serlo, internamente. Dirigir la mirada adentro modifica el punto de vista corriéndolo hacia adentro y habilitando los mecanismos del semisueño.

Para esta reversión de la mirada, para rectificar el emplazamiento del punto de vista en casos de fuerte alteración interna, sabemos que se puede echar mano de la respiración. Forzar la respiración baja mediante la ampliación diafragmática lleva a internalizar la sensación de mí, a tener referencia de mi cuerpo como presente y romper la identificación, debilitando el pensamiento y las sensaciones los estados de ánimo alterados.

El ritmo respiratorio, además, introduce una variante de regulación vegetativa que nos permite tomar rumbo seguro hacia la estabilidad y la paz interna.

Así, puedo llegar a estar donde tengo que estar, es decir, estoy donde estoy. Puedo recuperar el control de mi reversibilidad. El correcto emplazamiento del punto de vista, según el nivel de trabajo, facilita las cosas y habilita la autorregulación espontánea del cuerpo.

Y el desplazamiento de la imagen de mí hacia la presencia de mí, habilita nuevos horizontes para mi experiencia. Porque me pone en disponibilidad de discriminar los estímulos que llegan.

Buenos Aires, enero 26 de 2006

RELACIONES

Este texto fue distribuido en su primera versión bajo el título de “atando cabos”, y era apenas la primera página del presente. Su ampliación fue posible gracias a la experiencia y la comprensión que pude ganar en el estudio, para la transmisión de las cosas que me habían quedado claras, en los talleres recientes en Buenos Aires y Santiago de Chile, y en ellos recibí la inestimable colaboración acicateante de los aportes de quienes participaron y sobre todo, de alguna confusión y sus preguntas, que me obligaron a responder y replantear mi confusión y mis preguntas. De esta experiencia rescato como algo que no valoramos en su justa importancia, las dificultades de aquél que se “queda atrás” en cualquier actividad conjunta, porque ése está actuando las dificultades, oscuridades o confusiones del conjunto. Si los rezagados comparten su dificultad habilitan al conjunto a resolver las propias. De lo contrario, queda abierta la puerta al accidente.

Hace casi un tiempo, un querido amigo se preguntaba por una frase del Paisaje Interno (cap. XII):

“4. ... ¿qué afirmas tú que afirme sin negar? ¿Qué afirmas sin regreso o sin aritmética repetición?”

Me obligó a ir al texto y, para mí, la respuesta se da a continuación:

“5. Si afirmas aquello que se busca a sí mismo, eso cuya naturaleza es transformarse, que no tiene saciedad y que por esencia está abierto al futuro...”

“6. Y habrá acción y reacción y también reflejo y accidente, pero si has abierto el futuro, no habrá algo que **TE** detenga.” (mayúscula y subrayado mío)

Yo soy eso que tengo que afirmar sin afirmarme.

Pero, además, eso cuya naturaleza es transformarse...

Pensé en qué soy para mi registro, y me quedo con una sensación difusa y generalizada de energía:

“2. Esta energía unida era una suerte de “doble cuerpo” que correspondía a la representación cenestésica del propio cuerpo en el interior del espacio de representación ...”. (La Mirada Interna, cap. IX)

En el Vocabulario de AUTOLIBERACIÓN encontré algo más que coincidencias:

“CONCIENCIA. 1) Este aparato debe tener una constitución que le dé unidad, no obstante su movilidad, porque **las actividades que registra también son móviles**. No está constituido desde el principio en el ser humano y parece irse articulando a medida que se construye el conjunto de las sensaciones del cuerpo. Este aparato de registro de sensaciones, imágenes y recuerdos está en el cuerpo y, a su vez, ligado a las sensaciones de éste. **A veces, este aparato se identifica con el yo** y esta identificación se realiza a medida que las sensaciones del cuerpo se suman y modifican en el campo de memoria.”

ESPACIO DE REPRESENTACIÓN. Especie de “pantalla mental”, en la que se proyectan las imágenes, formada a partir de los estímulos sensoriales, de memoria y de la actividad misma de la conciencia como imaginación. ...está formado por el conjunto de representaciones internas del propio sentido cenestésico, por lo que corresponde exactamente a las señales del cuerpo y se lo registra como la sumatoria de ellas, como una especie de “segundo cuerpo” de representación interna”.

Y en APUNTES..., II, Conciencia:

“Esta intencionalidad de la conciencia (este dirigirse los actos de conciencia hacia determinados objetos) , siempre está lanzada hacia el futuro, hacia cosas que deben aparecer. Es muy importante esta actividad de futurición del acto de conciencia. La intencionalidad siempre está lanzada hacia el futuro... ”.

También, en “Espacio de representación”:

“Este espacio no es sino el conjunto de representaciones internas del propio sistema cenestésico”.

(párrafo final) “Desde luego que ese ‘uno mismo’ puede ser representado de distintas maneras...”

Y más adelante, en Operativa:

“Este espacio mental que corresponde exactamente al cuerpo, es registrable por mí como suma de sensaciones cenestésicas.

“Este "segundo cuerpo" es un cuerpo de sensación, de memoria y de imaginación. No tiene existencia en sí, aunque en ocasiones algunos hayan pretendido darle entidad separada del cuerpo. Es un “cuerpo” que se forma por la suma de las sensaciones que provienen del cuerpo físico, pero según que la energía de la representación vaya a un punto o a otro, moviliza una parte del cuerpo u otra. Así es que, si una imagen se concentra en un nivel del espacio de representación, más interno o externo, a una altura u otra, se ponen en marcha los centros del caso movilizand energía hacia el punto corporal correspondiente.

“Estas imágenes que surgen lo hacen, por ejemplo, por una determinada tensión corporal y entonces nos vamos a buscar la tensión en el cuerpo, en el punto que correspondía.”

De modo que encontré que conciencia, doble y espacio de representación se encuentran en el mismo “lugar” de experiencia al que señalan o remiten distintos conceptos de los que se dice lo mismo. Y que “yo” tiene relación íntima con todos ellos.

Por simple traspolación lógica:

1) si el doble es “la representación cenestésica del propio cuerpo en el interior del espacio de representación”;

2) y éste es “el conjunto de representaciones internas del propio sistema cenestésico”, un “espacio mental que corresponde exactamente al cuerpo”,

parecería ser que si el doble y el espacio de representación son representaciones cenestésicas del intracuerpo, son iguales entre sí.

No obstante, el doble es la representación cenestésica del cuerpo y el espacio de representación, la suma de representaciones cenestésicas. Uno sería contenido y el otro, continente. Además, hay registros cenestésicos extracorporales pero internos al espacio de representación, por lo que el doble estaría contenido por éste. Por tomar un caso conocido, cuando imagino una esfera que baja hacia mí, el registro cenestésico de presencia dado por la representación visual de la esfera (o no visual), es un registro cenestésico que se emplaza más allá de lo que percibo como límite del cuerpo.

El hecho de referirse al espacio de representación como un segundo "cuerpo", lo hace aparecer como el doble.

Ahora bien, en el espacio de representación se emplazan las imágenes que genera conciencia. Todas las imágenes que son posibles para mi experiencia, tanto de recordar como de imaginar (porque es un "cuerpo" de sensación, memoria e imaginación).

Cuando se dice que la conciencia es siempre conciencia de algo es lo mismo que decir que la conciencia siempre genera imágenes, que son imágenes de algo. Son representaciones y percepciones.

Esas imágenes generan el espacio que ocupan (Psicología de la Imagen). Pero sin esas representaciones de algo, queda la representación -difusa- del espacio que podrían ocupar los objetos que puedo representar. Queda la conciencia del espacio como el algo que completa apodóticamente (sin posibilidad de excepción, porque no puede ser de otro modo) la conciencia. Ese vacío opera como objeto para la conciencia, porque es percepción interna, por tanto no es el vacío del acto de búsqueda, en el que ya está presente el registro o código cenestésico de lo que busco, como correlato intencional, pero ausente el objeto buscado.

Esas representaciones de alguna cosa (que son las "conciencias de algo") no sólo están compuestas por materia perceptual externa que "presenta" el algo representado, sino que están se integran indefectiblemente con un registro cenestésico, que será su código de identificación, porque pertenece al estado interno en que la estructura psicofísica configuró esa cosa.

Ese estado interno es el registro global de la masa cenestésica de información del intra-cuerpo, que incluye no sólo el estado interno del cuerpo, sino el estado de lo interno al cuerpo, de aquello que se produce dentro de los límites del cuerpo, mi experiencia de mí que es, también, del mundo.

Y yo tengo conciencia de eso, que se diferencia del registro que conciencia tiene de esa información, que son las representaciones que configura y me dan cuenta de lo que sucede.

Con esto del registro, se producen confusiones de nivel. Porque una cosa es el registro que la conciencia produce y otra, el registro que yo tengo. La representación de algo es registro por la conciencia de una masa de impulsos que proviene de sentidos, disparada por un estímulo dado. Y de eso representado, yo tengo registro, que es la sensación que tengo de eso, del contenido de la representación. Y de eso representado puedo tener conciencia, puedo darme cuenta de que está y que lo percibo, que propiamente es lo que es un registro (experiencia de la sensación, según el Vocabulario).

El planteo teórico está hecho desde distintos puntos de vista y no todos tienen posibilidad de registro. Lo que llamo registro como experiencia de la sensación, como aquello que yo percibo y de lo que puedo darme cuenta (tener conciencia), pertenece al ámbito de mi experiencia, de lo que yo puedo percibir.

Los registros que produce conciencia con su actividad imaginante, generadora de imágenes, no son registrables por mí, experimentables, más que como representaciones o percepciones, pero no (al menos en vigilia) como imágenes generadas por conciencia, ni puedo experimentar a la conciencia generando imágenes. A mi percepción se presentan ya las imágenes y con todo un proceso de interpretación fruto del proceso de realimentación producido por el circuito sentidos (principalmente interno), memoria y conciencia. En ese proceso, los sentidos envían impulsos que reconoce memoria y aporta el material a conciencia para que configure la percepción y la imagen simultáneamente. De esto (del registro como actividad y de lo registrado como contenidos de la percepción y la representación) tiene registro el sentido interno que vuelve a mandar la información a memoria y ésta a reinterpretar, nutriendo a conciencia para un ajuste o modificación de la percepción y la representación.

Conciencia presenta algo que dispara un estado interno que es registrado por el sentido interno y reconocido (o no) por memoria, lo que lleva a conciencia a reconfigurar la percepción (o mantenerla) y la representación (que seguramente comienza su proceso de diferenciación de la percepción). La velocidad con que se produce este proceso de realimentación no es experimentable por el observador, por mí.

Así, el cotejo de experiencia que uno querría poder hacer con los conceptos teóricos se hace dificultoso. Porque los impulsos internos son bits, paquetes de información neurobiológica que circula por el circuito nervioso, y de eso no hay registro, no hay sensación. De la formulación fenomenológica de la intencionalidad como tendencia de la conciencia hacia algo, como conciencia de algo, tampoco puede haber registro porque cuando cualquier algo se da, lo hace dentro de un campo ya configurado, sea en la percepción como en la representación, de modo que, para mi experiencia directa, para mi registro, ese algo aparece entre otras cosas, como algo diferenciado, pero no necesariamente consciente, de lo que me doy cuenta.

De modo que la conciencia misma se me aparece como algo confuso al ser presentada desde distintos puntos de vista, con distintos enmarques conceptuales o niveles de abstracción: como aparato de registro y coordinación, como intencionalidad y como caída en cuenta. Porque entendemos la conciencia espontáneamente, por noción habitual, como eso que tiene una carga valorativa, como un atributo, algo bueno de tener, que hace que uno sea mejor, y no algo que se asemeja a lo mecánico, que no depende de nuestra decisión, de nuestra intención.

El término "intencionalidad", que fenomenológicamente es la estructuralidad de la conciencia, la vinculación inescindible del acto y el objeto, se confunde en el uso coloquial con la facultad de tener intenciones, o sea direcciones de conducta deliberadas, con fines elegidos, y con la futurición, con el constante ir hacia el futuro.

Despejando, entonces, el aparato de conciencia, la actividad de coordinación y registro, pertenece a la teoría de los impulsos. Fuera de nuestra experiencia, pero que es su soporte básico.

La conciencia como intencionalidad es una formulación de máxima abstracción, un universal en términos lógicos, que no puede ser experimentado. La verificación de ese universal se da a través del concepto de "conciencia de algo", del cual tampoco se puede tener registro ya que no sólo opera la estructuralidad de la conciencia sino que la configuración del mismo "objeto" es estructural: se da en situación, en un contexto, nunca aislado. Por tanto, el "algo" que presenta la conciencia como conciencia concreta de algo

que es, es una situación. Simplemente, porque siempre estoy en situación: mi cuerpo está en el mundo y por tanto, en situación. Y esa situación es registrada como percepción y representación.

De lo que sí puedo tener experiencia es de la caída en cuenta, del darme cuenta que algo me pasa, por caso, que percibo. Ese mínimo acto de atención sí lo registro con claridad y es lo que va a permitir "alumbrar" mi experiencia, ampliando mi campo de conciencia, mi posibilidad de experiencia.

Por experiencia, sabemos que ese darse cuenta, esa conciencia experimentada como tal, es como una isla de claridad en el torrente confuso que es mi vida, mi cotidiano fluir.

También sabemos que podemos hacer crecer esa isla a expensas de las cosas que trae el torrente (☺), de un modo aluvional. Así como el terreno de una isla retiene el material que trae un río (dadas determinadas condiciones) y crece, la conciencia va creciendo con la fricción del torrente, al intentar atender a su experiencia.

Ese campo es una zona de claridad en mi espacio mental, que aclara (cuando funciona) mi experiencia externa.

Ahora bien, atendiendo a que la conciencia es siempre conciencia de algo, que ese algo es imagen (perceptual o representación) y que esa representación se emplaza en el espacio mental (como percepción, en el de percepción), tenemos que la conciencia es siempre imagen, abstrayendo la conceptualización fenomenológica y reduciéndola a la "materia prima elemental" del funcionamiento psíquico. Porque todo es imagen, sean perceptuales o representadas.

Y esa imagen es un compuesto de materia perceptual (sensaciones) diferenciado: por un lado, sentidos externos aporta su material, que es perceptible claramente y hace la diferencia, dibuja el contorno; y por otro, el sentido interno aporta lo suyo siempre, que es sensación cenestésica, por tanto, difusa.

Y si toda representación y percepción se dan a la conciencia dentro de un campo, el espacio donde se emplazan es ese campo de conciencia. En tanto el espacio de representación es más amplio por su alcance que el de percepción, los límites de éste serán los del campo posible de conciencia (como zona de claridad).

De modo que si el espacio de representación es el espacio donde se emplazan las imágenes que genera conciencia, y el campo de conciencia puede coincidir (como darse cuenta, zona de claridad) con aquél, tenemos que entre conciencia (como aparato de registro) y espacio de representación hay sólo una diferenciación conceptual.

Si son el mismo fenómeno considerado desde distintos puntos de vista funcionales, y si el espacio de representación es masa de representaciones cenestésicas o representación global de la cenestesia, y si ésta es sensibilidad (en tanto sentido interno), tenemos que conciencia (en tanto registro) es sensibilidad pero, en tanto espacio de representación es masa de sensaciones cenestésicas, un "segundo cuerpo de sensaciones, memoria e imaginación" (en Psicología I, se define a los aparatos como "especializaciones de sentidos y memoria que trabajan integradamente en la conciencia mediante impulsos" y destaco que me llamó la atención que trabajen "en" y no "con" la conciencia).

Si bien el doble es presentado como representación del intracuerpo que es contenida por el espacio de representación/campo de conciencia, y dado que existen registros cenestésicos "extracorporales", tendríamos que el doble es el campo cenestésico contenido por el registro de los límites del cuerpo, pero la cenestesia, curiosamente, puede desbordar esos límites, según el nivel de trabajo de la conciencia, ya que puede el espacio

mental ser registrado como volumen no sólo en semisueño sino en vigilia ordinaria. Lo que me lleva a preguntar que, si la cenestesia depende de receptores intracorporales especializados ¿cómo hacen para censar más allá de los límites corporales? Como eso no es posible, no cabe otra cosa que formular la hipótesis de que la “masa cenestésica” no es conjunto de representaciones cenestésicas generadas por conciencia con información intracorporal. ¿Serán representaciones generadas por conciencia con información que recibe extrasentidos? ¿Será, a su vez, esa presencia o masa que capta la cenestesia, la sensible?

Lo que se puede afirmar es que conciencia y doble parecen presentarse como dos aspectos del mismo “ente”: ontológicamente, (en tanto tendría una forma que permite objetivarlo y adjudicarle una categoría de ser) sería el doble, de “naturaleza” energética; y fenoménicamente, conciencia: la facultad de esa masa sensible de percibirse a sí misma. Y digo sensible porque la conciencia es registro.

La dispersión o unidad del doble sabemos que depende de la “ampliación” de conciencia:

- 1) cada algo del que la conciencia es conciencia, o cada imagen que genera conciencia, lleva un registro cenestésico que, además, sirve de código interno de identificación, permite el reconocimiento por memoria;
- 2) ese algo se emplaza, como representación, en un espacio que es, básicamente, masa cenestésica indiferenciada;
- 3) vimos que el “cuerpo” del que la conciencia es darse cuenta, es una masa cenestésica;
- 4) por tanto, será la coherencia entre las representaciones (y vimos que el espacio de representación lo es de todas las representaciones posibles de mi experiencia) el hilo invisible que teja las representaciones entre sí, que de cohesión a la masa cenestésica que las soporta, disolviendo las islas y fortaleciendo el torrente, haciéndolo cada vez más claro para sí mismo.

Nos queda “el yo”.

En la relación con el medio, nuestros sentidos toman datos también de la respuesta que damos. Esa información, mínimamente, es una señal de que “algo” hay aquí, donde se produce la experiencia. En la reiteración constante, porque de todo hay referencia del cuerpo, elementalmente, se va formando una representación de eso que está aquí. Al que me refiero como “yo”.

Y de eso tengo algunas ideas, por lo general, no muy coherentes, que forman lo que conocemos como imagen de sí. Ésta sería eso que llamamos habitualmente “el yo”.

Esa imagen no es sólo una imagen de mi cuerpo y de cómo creo ser. Así como de todo hay referencia cenestésica, esa referencia cenestésica da cuenta de mí, porque se produce en el ámbito de esto que está aquí.

De modo que, así como todo tiene un emplazamiento necesario para movilizar respuesta, el código cenestésico modula ese mecanismo elemental del psiquismo hasta anularlo, o sea, producir una inhibición no querida de la respuesta. De modo que la imagen de mí no sólo contiene la representación de mí, sino que lleva los códigos de respuesta habituales, los que se disparan mecánicamente si no hay una intervención atenta y deliberada de mi atención.

En otros términos, yo y mi mundo estamos estrechamente interconectados porque compartimos la misma materia: la cenestesia que, desde otro punto de vista, es información codificada.

Pero ese "el yo" no soy yo. Porque yo puedo tener registro, no sólo de mi imagen de mí, sino de esa cenestesia difusa y de toda la experiencia que se da en esto que está aquí. Yo puedo diferenciarme, en tanto punto de mira, del fenómeno interno al que me refiero cuando le digo "yo" a otro.

El comando de los mecanismos de reversibilidad es el punto de mira, que puede coincidir o no con mi registro cenestésico, según el nivel de trabajo. En sueño o en estados alterados (estados en los que me vivo como otro), mi imagen de mí se desprende del registro cenestésico y puedo llegar a tener registro de que "anda por ahí" envuelta en la situación representada que me altera.

Y eso altera también el emplazamiento del punto de mira: cuando el estado interno es activo atento (aún en semisueño), se emplaza dentro de los límites del cuerpo.

Y eso determina mi habilidad para dar respuesta.

En síntesis, no sólo he sido arrojado al mundo como propone la Fenomenología, en una situación que no he elegido como propone nuestra Doctrina, sino que aparezco montado en algo que está lanzado hacia el futuro.

Han puesto entre mis "ojos" (ya que no entre mis manos) una fuerza potente pero incoherente y disociada, a la que sólo mi mirada puede armonizar y dar dirección. Una mirada que está hambrienta de sí misma ("aquello que se busca a sí mismo"), aunque confusamente haga del mundo el objeto de su apetencia.

Desde otro punto de vista, parezco ser "apenas" mirada, pero en ella late la potencia del Universo. Porque soy conciencia y la conciencia es el acto del Mundo.

Mendoza, 28/3/05-Buenos Aires, abril 18/2005 - mayo 15 de 2006

EL HILO DE ADRIA(NA)

A Adriana T. porque usarle el nombre me hizo evocar el afecto que le guardo, y agradecido a la comunidad de la salita de EEUU por haberme brindado el ámbito y los registros para terminar de redondear este textículo.

Las recientes revisiones de Psicología hechas antes de la charla de La Reja y la curiosa mezcla de comprensión y no entendimiento (puede uno tener la sensación de haber comprendido, cosa que se produce por aprehensión global de lo expuesto al cotejarlo con la propia experiencia, pero eso que se comprende no se puede explicar, ponerlo en palabras, que es lo propio del entender) que ví cundir entre mis amigos, me movieron a algunas consideraciones.

Veamos:

- 1) Nuestra Psicología fue calificada como cosa de especialistas. Sin embargo, pocas herramientas tan útiles he visto para poder montar la comprensión de la experiencia y, por ende, de nuestra Doctrina.
- 2) Nuestra Psicología, presentada en forma de apuntes, anuncia desde ahí que no es parte de la Doctrina. Aunque todo escrito de Silo -prácticamente- tendemos a verlo como tal. Así que habría que ver qué cosa es Doctrina y qué, teoría.
- 3) El modo con que está presentada nuestra teoría psicológica, pese a su claridad para la comprensión es, sin embargo, confuso a veces para el entendimiento: por el modo coloquial, las más de las veces, que lleva a la traspolación de términos mezclando niveles de lenguaje y confundiendo las referencias a los fenómenos que menciona; por el nivel de abstracción de lo teórico; por el punto de vista, que suele variar marcando el nivel de lenguaje; por la evolución que sufren los conceptos dentro de los conjuntos en que están presentados. Todo esto, que sería objeto de crítica en un texto académico, es aceptable en meros "apuntes" que permiten la libertad de exponer según un interés muy definido: incitar al lector a la búsqueda de verificación de lo dicho en su experiencia. Pero también es la diferencia entre un texto frío y distante que pretende objetividad y neutralidad, y una enseñanza comprometida que guía la mano del aprendiz paso a paso.
- 4) Tenemos, entonces, dos niveles gruesamente diferenciables en la exposición teórica: un nivel propiamente teórico, explicativo, que presenta un modelo de funcionamiento del psiquismo (la Teoría de los Impulsos), que no es posible registrar (al menos en vigilia); y un nivel descriptivo, que está planteado como el hilo de Ariadna, para guiarnos en el laberinto de la experiencia interna.
- 5) Evoco la imagen del laberinto porque ese entrecruzamiento de niveles en el discurso teórico exige una adecuación constante del punto de vista que ya es una inducción de experiencia, reclamando la modificación del contexto con que se lee para captar el sentido de lo que se lee. Esa presentación, aparentemente inaceptable para un racionalista, es acabadamente magistral. Porque muestra sin mostrar; habla del fenómeno sin permitir que la inquietud del lector se sacíe con la mera lectura y el entendimiento; aporta la necesaria inquietud para que el lector se convierta en experimentador y busque también él, seguir la mirada del autor. Como todo en nuestra Doctrina, la teoría está planteada para aprender según experiencia, frustrando el tradicional aprendizaje por mero ejercicio intelectual.

En este punto nos llega el cierre de la teoría, Psicología IV, que fuera anunciada como Psicología Trascendental sin que de ello se diga... nada. Sin embargo, todo se dijo, para

la experiencia. No sólo se indicó dónde está el umbral de entrada, sino también el camino.

No es mi intención pretender explicar lo que se dijo. En todo caso, arrimar un apoyo para los registros, que permita consolidar la comprensión de las volteretas del yo.

Ya en Psicología II, el yo fue presentado como punto de mira, como registro cenestésico. Aquí se busca facilitar el registro de los emplazamientos “diametrales” del yo, que parecerían tener alguna relación con los estados alterados y ensimismados (en estos estados esos emplazamientos se verían como fijados por un estado interno que expulsa o acorrala al yo/punto de mira, obnubilando la conexión con los fenómenos internos o externos).

Creo que éste es el nudo de la cuestión desde el punto de vista del registro y, para contribuir a despejarlo, aporto este “hilo de Adriana”, nombre que presento al modo de un acróstico como ayuda memoria: Atiendo, divido, redistribuyo, internalizo, abarco.

¿“na”? No sé, por eso lo puse entre paréntesis en el título. Quizás se puedan usar. Por ahora veamos lo que saqué.

Para inducir los registros, utilicemos el conocido ejercicio de la esfera.

Sentados, columna sin apoyar, cabeza centrada sobre el torso, bien apoyados sobre los huesos de la punta de la cadera. Ojos cerrados.

1) Atiendo: arriba de mi cabeza imagino la esfera. Atiendo a la esfera. Registro esa atención. ¿Desde dónde?

2) Divido: Responder al desde dónde registro, induce el registro del punto de mira. Registro desde el punto de mira. Eso que registro como el “desde donde”, es el punto de mira. Tenemos aquí un emplazamiento diametralmente opuesto: el objeto imaginado (la esfera), apoyo de mi atención, es un extremo de la recta que se tiende entre él y el punto de mira, desde donde atiendo. Puedo registrar la tensión del vínculo que se genera.

3) Redistribuyo la sensación del punto de mira por la superficie de mi cuerpo, siento que se distribuye por mi piel, y siento la esfera (que viene bajando) desde el límite del cuerpo. No pierdo de vista la esfera, mi atención está en ella, mientras trato de percibir el volumen que rodea mi cuerpo para dirigir mi atención desde toda la superficie del cuerpo hacia fuera (cosa difícil si es posible, pero esta intención lanzada permite emplazarse en el límite del cuerpo hacia fuera, esto es, la sensación táctil kinestésica).

4) Internalizo esa dirección de la atención siguiendo la esfera que va entrando al cuerpo. Invierto la dirección perceptual. Esa sensibilidad abierta hacia fuera, hacia lo que me rodea, la invierto y dirijo hacia dentro. Obnubilo, desconecto la sensación del afuera y vuelco mi sensibilidad hacia dentro.

5) Abarco la esfera, la siento como si la viera completa, no en perspectiva. Al dirigir mi sensibilidad hacia dentro, al percibir la esfera desde la superficie interna del límite del cuerpo, abarcándola con la mirada, induzco el registro táctil cenestésico.

Espontáneamente, se disparará la focalización como una inercia perceptual externa. O, más bien, como un intento del yo de aferrarse a sí mismo. Tenderé a ver la esfera de modo escorzado, pero ésta tiende a desaparecer como imagen visual para convertirse en imagen cenestésica, por efecto de la activación del sentido interno.

Acá podríamos decir que:

6) Niego la focalización (término un tanto forzado para que “calce” acrósticamente, porque en realidad, no puedo negar nada imaginariamente).

7) Abarco el fenómeno, o sea, refuerzo el registro del límite táctil cenestésico.

Llegados a este punto, retomo la descripción del texto que comento. Ya experimenté al imaginar la esfera al comienzo, muy probablemente, que al atender a la esfera, el registro del punto de mira fluctúa entre permanecer o difuminarse/desaparecer ante la intensidad del brillo de la esfera. Y que a refuerzo de uno corresponde la debilitación del otro: si fuerte es el registro del punto de mira se difumina la esfera y a la inversa.

En otro lado describí más extensamente (La reversión de la mirada) cómo esta relación diametralmente opuesta entre uno y la esfera, sobre todo la tensión que genera, es la clave del trabajo con la esfera: si hago consideraciones de cualquier tipo sobre la esfera, que qué puede hacer si es imaginaria, que no la veo bien, que qué voy a creer en esto si me lo imagino. Con esas consideraciones paso a manejarla yo, y en este "manejarla yo" resalto el mecanismo yoico y cerceno la operatividad de la esfera.

Si me entrego a sentir la presencia de la esfera, ésta tiende a moverse sola y a actuar. Pero ese es otro tema, si bien viene al caso porque se nos ha planteado que "el yo" se encuentra "perdido" en el objeto en la percepción externa, y sólo podemos recuperar su registro (el punto de mira) mediante la apercepción (reforzando la tensión hacia el objeto, que deslinda netamente el registro del punto de mira).

Esta es la base de la identificación, esta pérdida o confusión del registro de "el yo".

Este es el ámbito de lo perceptual externo.

En lo perceptual interno ocurre lo opuesto: lo dado espontáneamente es la percepción diferenciada, cuando mi atención se dirige a alguna región o fenómeno de mi intra-cuerpo, registro con claridad desde dónde atiendo. Lo que no sucede cuando imagino, donde están en juego las configuraciones perceptuales externas (representadas), si bien puedo diferenciarme también, pero a costa de la detención y pérdida de interés en lo que imagino, que es como anularlo.

La diferenciación entre lo externo y lo interno del espacio de representación y el deslinde operativo del límite táctil fue para mí sumamente esclarecedor porque me permitió apreciar que esa reversión de la mirada a la que aludí anteriormente como la clave en el trabajo con la esfera, tendría que ir acompañada por esa difusión del punto de mira para terminar de producir la necesaria soltada que nos pone en presencia de los fenómenos que nos interesan.

Esto parece ser la condición para generar el Umbral o ubicarnos en Él, de modo de conjurar el "peligro" de ser confundidos por traducciones engañosas de la conciencia que, conciencia al fin, parece que no puede hacer otra cosa que intermediar con el mundo.

Cuando se recomienda sentir la esfera que se expande es como convertirse en la sensación de la esfera y mantenerse sintiendo la esfera expandida produce la difuminación del registro de límite del cuerpo, como si se extendiera hasta coincidir con la esfera. Y en esa tensa extensión se producen cosas, sensaciones globales que borran por instantes el registro del desde dónde registro, suertes de vacíos instantáneos que se llenan de sensaciones no habituales.

El trabajo con la esfera es una serie de flexiones de la mirada: hacia fuera al imaginar la esfera, hacia dentro cuando entra, hacia fuera cuando se expande, hacia dentro cuando llega al límite la expansión.

Hace mucho tiempo se propuso que cuando la conciencia logra una flexión total sobre sí misma, algo distinto pasa. Ese "nadar contra la propia corriente" podría ser una clave para adentrarnos en el Umbral.

Pero, bueno, estas son cosas que se me ocurrieron y tienen una punta de verificación en mi experiencia, y ardo de curiosidad por conocer experiencias ajenas. Si me las cuentan.

Buenos Aires, junio 4 de 2006

REGISTROS DE YO

Néstor Tato

1) Acerca de registrar:

Nuestra visión teórica, que toma al psiquismo como una mecánica en la que a sentidos y conciencia se adjudica una actividad de registro del estímulo equivalente a censar estímulos (detectarlos), habla de una actividad que yo no puedo registrar : no siento (ni puedo sentir) el trabajo de mis sentidos ni el de mi conciencia (como registradora y coordinadora de mi actividad psíquica).

Desde este punto de vista teórico habría que preguntarse porqué conciencia registra si también registra sentidos. Y, si ambos aparatos registran, si se trata de la misma actividad y el mismo tipo de registros.

Más acá de estas necesidades teóricas de discriminación conceptual, está el uso extendido de la expresión "yo registro". ¿Estoy hablando de la detección del estímulo? como lo hace sentidos; ¿o del registro como configuración de la percepción? como hace conciencia.

No puede ser censo porque sé que conciencia configura la percepción, que es lo que yo registro. Por tanto, el "yo registro" se debe referir al registro/percepción del estímulo. Sobre todo, porque conciencia es siempre conciencia de algo. Y como yo estoy frente a ese "algo", por tanto, yo soy conciencia y registro el algo.

Sólo que ese algo no se me presenta en estado puro cuando lo registro, sino filtrado por mi memoria y "engarzado" en mis sensaciones internas.

Registro, para mí, en una vivencia normal, es un complejo sensorial de donde encuentro los datos de sentidos externos más los de sentidos internos, el estado interno en que me encuentro frente a ese algo. A su vez, con datos previos a ese algo y las sensaciones que ese algo me provoca.

Todo esto tiene, además, una condición previa : percibo todo esto porque apercibo mi vivencia, atiendo a lo que estoy percibiendo, a lo que siento.

2) Registro de lo interno.

Si quiero discriminar mis registros de mí, a priori sé que no me encontraré fuera de mí. Y este mí involucra, de inicio, a mi cuerpo.

Si me quiero encontrar, tendré que mirar en dirección contraria a la habitual, hacia dentro. Puedo dedicarle al rastreo un minuto o un año, que el resultado será el mismo : no puedo aprehenderme como de frente al mirar. El mejor registro que puedo obtener de este modo es como "por el rabillo del ojo" interno.

Aún así, tampoco "me" veo sino que capto mis manifestaciones : pensamientos, sensaciones y emociones que brotan como de una misma zona que siento muy próxima a esto que mira, que se ubica como por debajo y detrás, con una sensación envolvente.

3) Registro del punto de mira.

"Escarbando" en esa dirección (hacia acá, tomando lo visto como referencia) puedo sentir que me voy acercando a una zona donde, por tanteo cenestésico, percibo casi en un

grado de adivinación, algo como más puntual, que parece tener cierta movilidad y de donde parece lanzarse el mirar.

Si tengo paciencia y me acostumbro a la penumbra visual (a prescindir de la exigencia de visualización) y afino el registro puntual hasta poder desplazarlo por mi espacio interno, podré lograr la certeza de haber encontrado el punto de mira.

Si llego a este punto, creo que se logra la primera referencia certera en ese mar de los Zargazos que es mi mundo interno (el mío, al menos).

Y aquí me detengo en cuanto al punto de mira (para satisfacer curiosidades, consultar en "Las cuatro Disciplinas - D. Morfológica los distintos emplazamientos del punto de vista).

4) Registros visuales de "el yo"

Ahora puedo atender a algunos registros que, adrede, dejé en el camino. Mientras acostumbraba mi ojo a la visión interna, en ese bullir de sensaciones y visualizaciones, seguramente pasaron recuerdos y percepciones de "mí", entre otras representaciones. Fotos desvaídas de mi estar en una u otra situación, aún cuando imaginaria.

Teóricamente, sé que existe una "imagen de mí" que utilicé para estudiar los atributos que me endilgo. Pero esa imagen, paradójicamente, no la puedo ver. En el mejor de los casos capto una imagen de mi cuerpo que sirve de base a cualquier imagen que tenga de mí. Y cuando registro que visualizo un atributo, difícilmente se presenta la imagen sin la situación en que se juega.

Curiosamente, estas imágenes de mí que parecen dar cuenta de cómo soy en una situación, si se presentan en la situación, no sirven para otra cosa que para bloquearme. Pero, esa es otra historia.

De modo que de mí, tengo imágenes varias, no una sola. Visuales, claro.

Por tanto, cabe destacar que siempre estarán emplazadas "fuera" de mí, en un espacio interno que registro como externo a mí.

5) Registros cenestésicos del yo

Por supuesto, cenestésicamente, voy a tener tantos registros de mí como vivencias tenga. A cada instante tengo registro cenestésico de lo que siento. O sea, de mí.

Estos registros cenestésicos podría pensarse que están "adosados" o constituyen el punto de mira. Pues no, porque estos registros cenestésicos tienen cada uno su peculiar configuración cenestésico/emotiva según la situación. Pero todos cumplen con la función de movilizar conducta.

Porque siento, me muevo. Si no siento, difícilmente me mueva. Al menos, con ganas.

Lo que necesito verificar es el emplazamiento de esos registros. Por lo general, los siento como "expulsados" de mi ámbito interno, proyectados en la visión que tengo de la situación: "me veo" y "me siento" en la situación. Y me muevo alteradamente hacia o en ella (hacia su futuro). La imagen visual de mí está integrada con la cenestésica situacional: "estoy" allí. Y no aquí, desde donde veo y vivo el momento.

Distinto, muy distinto, a cuando esos registros están emplazados "en mí", como próximos o pertenecientes a la zona del punto de mira, y en relación a la imagen visual de la situación que quiero, en cuyo caso traccionan hacia allí.

6) Registros del límite corporal

En todos estos casos es referencial el registro del límite del cuerpo : cuando “me veo” en la situación que imagino, se borra; cuando se hace claro el registro del punto de mira, hay que ver.

Normalmente, en la vivencia cotidiana, el límite del cuerpo es una presencia alternada : lo siento desde adentro o desde el mismo límite, como abordando el afuera.

Si quiero ordenar mis registros en una situación, lo útil es difundir el punto de mira por la superficie del cuerpo y atender a las sensaciones de volumen del ámbito en que estoy.

De ese modo, activo el sentido kinestésico, atiendo a lo que me rodea, registro el espacio externo y aplano el espacio interno.

Si lo que quiero es trabajar internamente, entonces difundo el punto de mira por el límite interno del cuerpo, “mirando” hacia adentro. Claro está, esto se facilita cerrando los ojos. De ese modo se reduce el trabajo de sentidos externos y aumenta el volumen del espacio interno.

Buenos Aires, agosto 21 de 2006